

IV

El feriado por el Día de la Bandera le había permitido a Rubén tener dos días seguidos de descanso tras la media jornada laboral del sábado, y él aprovechó la ocasión para pasar más tiempo en su casa, junto a sus dos hijos, a pesar de que estos no le prestaron demasiada atención, excepto durante el almuerzo del domingo por el Día del Padre. Mientras que en el resto del fin de semana Romina fue de aquí para allá con sus amigas y compañeras de la Facultad; y Luciano durmió hasta el mediodía y luego permaneció la mayor parte de su tiempo libre en su propio mundo: escuchando música y navegando en Internet desde su celular dentro de su habitación, la cual se había dividido en dos con una pared de *durlock* y una puerta de madera desde que su hermana se había ido a vivir con él y su padre. De esta manera, los hermanos tenían su respectivo espacio, en tanto que Rubén siguió durmiendo en el sofá cama del living comedor, en el que los tres se reunían a comer y a mirar televisión.

Si bien ya había anochecido todavía era temprano para cenar, por lo que el dueño de casa estaba recostado en el sillón, descansando la vista y escuchando las estériles y bulliciosas discusiones del panel de periodistas deportivos que hablaban en televisión sobre la Selección Argentina, que al día siguiente debía disputar una de las semifinales de la Copa, la cual no era tan importante para el mundo del fútbol ya que se trataba de un certamen organizado especialmente para celebrar el Centenario de la primera vez que se había disputado, aunque para los jugadores como para los hinchas cobraba un valor aparte, un *plus*, luego de las dos finales perdidas en el Mundial de Brasil de 2014 y en la Copa América de Chile en 2015. La tercera es la vencida, era la frase más repetida por esos días y las expectativas resultaban enormes. Tal vez, como nunca antes.

Esa misma noche la selección había llegado a *Houston*, uno de los lugares más calurosos de los Estados Unidos. El clima pegajoso se metía en el cuerpo de los jugadores, que desde fines de mayo habían tenido que adaptarse en tiempo récord a distintas climas y husos horarios por distintas partes del mundo, algo a lo que la gran mayoría de ellos estaba acostumbrado ya que eran gajes del oficio. Sin embargo, para los periodistas, en esta ocasión el extenuante itinerario podía influir negativamente en el rendimiento tanto dentro como fuera de las canchas.

Aquel periplo había comenzado en pleno otoño en el predio de la Asociación de Fútbol Argentino (AFA) en *Ezeiza*, den el que el equipo se reunió por primera vez para iniciar la preparación para la Copa. Desde allí, todos juntos viajaron a *San Juan* a disputar un partido amistoso de preparación, tras lo cual regresaron a *Buenos Aires* y volaron a *San Francisco*, California, en la costa oeste de Norteamérica, donde a principios de junio se producía la transición de la primavera al verano en medio de un clima templado y en el que había cuatro horas menos que en Argentina.

Allí, más precisamente en *San José*, al sur de la bahía de San Francisco, el plantel tuvo su estadía más extensa, durante la que entrenó con el equipo femenino de la universidad local, ya que la AFA no tenía fondos suficientes para enviar los habituales *sparrings*.

Luego, el equipo viajó al centro de los Estados Unidos, donde lo recibió un *Chicago* veraniego y con dos horas menos. En tercer lugar, volvió al oeste para jugar en el frío de Seattle y después cruzó nuevamente todo el territorio para llegar al templado *Boston*, en la costa este.

Hasta aquí, los jugadores habían viajado aproximadamente unos 38.000 kilómetros y volado unas 50 horas en un mes. Excepto por cuatro de ellos que llegaron a Ezeiza desde Buenos Aires y no desde Europa como el resto de sus compañeros.

Mientras que la situación del “10” era aún más peculiar dado que después del encuentro en San Juan estuvo en *Rosario* y después en *Barcelona*, desde donde voló a San Francisco para reencontrarse con sus compañeros. De esta manera, la figura del equipo terminó sumando 10.000 kilómetros y 13 horas de vuelo más que los demás, cuando la línea del Ecuador tiene 40.000 kilómetros. Es decir, que dio la vuelta al mundo en 30 días.

Houston era la quinta estación dentro de territorio norteamericano y la falta de descanso era una preocupación de cara a la semifinal. A esto se le sumaba que el rival había disputado los cuartos de final ante Ecuador dos días antes que Argentina, por lo que llegaba con más tiempo de recuperación.

Ante esta incomodidad, el día anterior al partido, el cuerpo técnico argentino decidió intentar gambetear el cansancio suspendiendo el último entrenamiento en y permitir que los jugadores pasaran la jornada junto a sus familiares que venían siguiéndolos en cada parada del torneo. Al mediodía, los futbolistas almorzaron en una parrilla y por la tarde pasearon por el centro comercial y finalmente se relajaron dentro del hotel antes de volar a Houston, la ciudad más poblada del estado petrolero de *Texas* y la cuarta de los Estados Unidos detrás de *Nueva York*, *Los Ángeles* y *Chicago*.

Al arribar a la capital tejana, el plantel se encontró con 38 grados de sensación térmica y para el partido se esperaba la misma temperatura. Además, esta era la primera vez desde comenzado el certamen que había llegado con tan poca anticipación a la ciudad del partido. Por ejemplo, de *Chicago* a *Boston* viajó unas horas después de vencer a *Bolivia* y estuvo tres días y medio preparando allí el duelo ante *Venezuela*.

Una vez en Houston, la selección se alojó en un hotel ubicado en un barrio residencial de lujosas casas y cercana a uno de los *shoppings* más importantes de la

zona. Y a raíz del sofocante calor, el equipo no salió del hotel hasta las 17, cuando se realizó el único entrenamiento previo al encuentro de semifinales.

Pero en cada hotel, predio de entrenamiento y ciudad al que el plantel iba muy pocos de sus anfitriones sabían quiénes eran ya que el fútbol (o *soccer* para los locales) era el quinto deporte en importancia detrás del fútbol americano, *baseball*, básquet y hockey sobre hielo. Sin embargo, la prensa local estaba animada de cara a la semifinal y hablaba de que debían enfrentar al “mejor equipo del mundo”. Es que consideraban que si accedían a la final se trataría del logro más notable del fútbol estadounidense.

La derrota 0-2 ante Colombia en el debut había quedado definitivamente atrás. Los triunfos 4-0, 1-0 y 2-1 ante Costa Rica, Paraguay y Ecuador, respectivamente, habían depositado al equipo dirigido por una gloria alemana en semifinales, la segunda vez en la historia de este deporte que los Estados Unidos alcanzaba esa instancia. ¿La anterior? En 1930, cuando Argentina le ganó 6-1 en el Mundial de Uruguay.

La gran pregunta que se hacían los norteamericanos era ¿cómo detener al “10”?, a quien consideraban “probablemente el mejor de todos los tiempos”. Y las respuestas iban desde obligarlo a pasar la pelota con la pierna derecha (su menos hábil) hasta no “endiosarlo” públicamente. Además, recordaban con cariño un partido amistoso que en 2011 terminó 1-1, en *Nueva Jersey*, donde el “10” jugó e hizo jugar pero no pudo marcar.

De todos modos, las páginas de la sección deportiva de los principales matutinos y portales de noticias le dedicaban más espacio a las finales de la NBA entre *Cleveland* y *Golden State*.

Eran las 20.30, aproximadamente, y el colectivo que transitaba por la avenida no estaba tan lleno como de costumbre, por lo que Mariana consiguió acomodarse junto a su pequeño hijo de dos años en un asiento con dos butacas, cerca de la puerta de

descenso ubicada justo en el medio del vehículo; en vez de cagarlo en su regazo, como lo hacía habitualmente.

Afuera estaba bastante oscuro ya que algunas lámparas de los postes de alumbrado público estaban apagadas, probablemente porque se habían quemado por inconvenientes técnicos con el nivel de tensión.

La joven madre regresaba de la casa de su suegra y se dirigía a su domicilio, para lo cual descendió en la parada situada junto a la estación de servicios, antes del cruce con la 24. Allí debía esperarla su marido y padre del nene, según el común acuerdo para cuando ella andaba sola de noche y más aun con el chico, pero cuando pisó la vereda no lo encontró por allí; por lo que en vez de esperarlo en la vía pública se introdujo en el supermercado que funcionaba justo a la altura del refugio para comprar algo y ganar tiempo.

“¿Dónde estás?”, escribió Mariana en un mensaje de texto instantáneo que envió desde su celular al móvil de su esposo.

Si bien sólo habían pasado unos pocos minutos, de hecho, ella llegó a la parada antes de lo previsto ya que el colectivo hizo rápido su recorrido; la mujer se impacientó, a lo que se le sumaba que su hijo estaba cansado de caminar y tenía que cargarlo en sus brazos.

Mariana pagó en la caja un paquete de yerba y una galletitas de agua y salió nuevamente a la vereda donde volvió a chequear la pantalla de su celular y comprobó que su marido ni siquiera había leído el mensaje. *“¿Dónde mierda está este pelotudo?!”*, se preguntó enojada dado que no era la primera vez que él iba retrasado a un encuentro con ella.

En ese momento intentó llamarlo pero se quedó sin crédito. Entonces, la mujer decidió caminar hasta su casa, ubicada a pocas cuadras, sobre una calle paralela a la

avenida principal, por la que comenzó a caminar en sentido contrario al que se había desplazado el colectivo, como si estuviese regresando hacia lo de su suegra.

Arrancó con pasos acelerados y su hijo prácticamente dormido sobre su hombro izquierdo y rápidamente pasó por el frente de la iglesia evangélica y un depósito lindero. Por la vereda iba ella sola y al llegar a la primera esquina se detuvo y miró para atrás. Entonces vio que un hombre joven, vestido con ropas oscuras, caminaba hacia ella casi al trote, a raíz de lo cual, Mariana quiso salir corriendo pero no pudo hacerlo ya que un auto dobló pegado a la ochava a alta velocidad y por poco la atropella.

El vehículo siguió su marcha como si nada y ella tardó unos segundos en iniciar la carrera. Y a poco de haber cruzado y llegado hasta la ancha vereda de tierra en la siguiente calle, sintió que la tomaban con fuerza por la mochila que cargaba en sus espaldas y la hacían girar. “Quieta”, masculló el joven, a quien ahora tenía de frente.

-Por favor, no me hagas nada -rogó Mariana con la cabeza gacha, sin animarse a mirarlo a la cara-. No tengo nada.

-Tranquila. Callate -el joven la empujó hacia el portón de chapa de dos hojas de lo que parecía un viejo taller mecánico en desuso y así ambos se alejaron de las luces de la calzada.

-Estoy con el nene. Llévate la mochila y dejame ir -la voz de Mariana temblaba tanto o más que sus piernas, al tiempo que se descolgaba la mochila con el brazo derecho.

-Dame el nene -el agresor, que llevaba puesto un gorro de lana negro que le cubría las orejas, toda la frente y hasta las cejas, inclusive; avanzó sobre ella, cuya espalda se topó con la chapa del portón, mientras le palpaba los bolsillos tanto de los pantalones como de su abrigo.

-¡No! -Mariana apretó fuerte a su hijo contra su cuerpo y con una mano le cubrió la cabeza-. Ni loca.

Ante la resistencia de la mujer, quien había flexionado las rodillas y encorvado el tronco como un bicho bolita, él sacó un elemento con punta y filo del bolsillo de su campera, también de color negro, y lo apuntó hacia ella.

-Vení conmigo -la amenazó-. ¡Dale!, ¡Caminá!

Mariana negó con la cabeza, entonces él la tomó del brazo para forzarla a erguirse y en cuanto ella alzó la vista recibió un corte el lado izquierdo del cuello.

“¡Ahhh!”, gritó la víctima, tras lo cual, él la volvió a cortar, ahora sobre el ojo del mismo lado, a la altura de la ceja.

“¡Ahhh!”, volvió a gritar Mariana, más de miedo que de dolor, y se tapó el ojo lastimado; en tanto que el agresor escapó a la carrera hacia la esquina por la que habían pasado y dobló por la misma calle que se cruzaba con la avenida.

Por su parte, la mujer se aseguró que sus heridas no revestían gravedad y que su hijo estaba ileso, tras lo cual, retomó la marcha acelerada en dirección a su casa por el costado de la avenida y cuando se disponía a doblar en la segunda esquina se topó con su esposo Martín, quien caminaba apurado en sentido contrario.

-¿Qué te pasó?! -preguntó él al ver la sangre en el rostro de su mujer, quien en ese momento sólo atinó a pasarle el nene, que no paraba de llorar.

-Me asaltaron, pero estoy bien -la mujer se pasó la mano por el borde superior del ojo y luego por el cuello, donde parecía haber un poco más de sangre.

-Pero, ¿cómo? -Martín cargó a su hijo con un brazo y el otro lo pasó por la espalda de Mariana, para contenerla.

-Ya está. Ya pasó. Vamos a casa -indicó ella, todavía nerviosa.

Una vez en su domicilio, Mariana se limpió los cortes con un cicatrizante en gel y aunque se cansó de asegurarle a su esposo que ella se encontraba bien, que no era nada grave, Martín insistió en llevarla hasta el hospital más cercano para que la revisara un médico. Y mientras esperaban en la guardia, con el nene dormido sobre el pecho de su padre, éste advirtió que su mujer estaba más tranquila y quiso saber más sobre lo ocurrido.

-No sé qué es lo que querés que te cuente con tanto detalle -se molestó Mariana, cruzada de brazos y piernas en una de las sillas de plástico que conformaba una larga hilera de asientos ocupados, a su vez, por otros vecinos, en su mayoría afectados por un estado gripal-. Fue todo muy rápido.

-¿Y cómo era el tipo?

-Ya te dije: era joven, estaba todo vestido de negro y tenía una gorra que le tapaba casi toda la cara.

-Lo de la gorra no me lo habías dicho.

-Bueno, nene -Mariana se exasperó-. Hay cosas que me voy a ir acordando de a poco. ¡Ah!, también tenía un guante negro en la mano con la que sostenía esa cosa con la que me cortó.

-Por eso te pregunto: para ayudarte a recordar, no para molestarte -Martín posó su mano sobre el muslo de la mujer y la acarició.

-Ya lo sé -Mariana miraba al frente mientras él fijaba sus ojos en ella.

-¿Estás enojada porque no estaba en la parada cuando bajaste?

-Y... un poco.

-Sé que se me hizo tarde y te pedí disculpas mil veces -él la tomó de la mano y ella al fin lo miró a la cara-, pero también es cierto que llegaste más rápido de lo que esperaba.

-Ya está, Tincho. Ya pasó -dijo Mariana más relajada.

-La verdad que la sacaron barata, eh.

-Tal cual -Mariana se inclinó sobre su esposo y besó la cabellera de su hijo-. Lo único que yo quería era que no lo lastimara a él.

-Me imagino.

-¿Sabés que en un momento me dijo 'dame el nene'?

-¡¿Para qué?! -Martín abrió grande los ojos.

-No sé -la mujer se encogió de hombros-. Yo no entendía nada porque pensaba que sólo me quería robar.

-¿Estás segura que no quería hacerte otra cosa?

-Para mí me quiso robar porque me revisaba los bolsillos y en ningún momento me tocó.

-Entiendo.

-También me decía 'vení conmigo', pero por ahí sólo había casas, ningún descampado.

-Menos mal.

-Yo creo que estaba asustado. Se le notaba en la cara. Y eso que yo no grité de entrada, sólo cuando me cortó.

-Por más que gritaras, a esa hora y en ese lugar, ¿quién te iba a ayudar?

-Nadie, obvio -Mariana se echó hacia atrás, dejándose caer sobre el respaldo del asiento y suspiró profundamente-. Igual, no grité porque pensé que me iba a matar.

-¡Cuánto loco de mierda dando vueltas por la calle, che! -exclamó Martín resoplando e instantes después se abrió la puerta del primer consultorio en el que un médico de emergencias revisó a su mujer y un enfermero le limpió las heridas con un desinfectante y luego le aplicó unos puntos de sutura.

Finalmente, la pareja se retiró de la guardia luego de haber dejado asentado lo ocurrido en la planilla que el médico le hizo firmar a Mariana, quien regresó a su domicilio pensando que desde el hospitalificarían a la Policía.

En Houston no hubo problemas para la Selección Argentina que goleó 4 a 0 a la de Estados Unidos y se metió en su tercera final consecutiva en los últimos tres años. A pesar de los largos viajes, el poco descanso y los cambios de temperatura, el “10” metió un golazo de tiro libre para convertirse en el máximo anotador histórico del equipo nacional. Pero no estuvo solo ya que sus compañeros lo acompañaron en buen nivel para lograr una victoria que no dejó margen para la duda: 68% de posesión, 11 remates contra ninguno del rival y 680 pases (más que el doble que los norteamericanos); por citar los principales rubros del juego.

Haber llegado a una nueva final era un logro en sí mismo, pero en esta oportunidad existía el *bonus track* de que iba a ser ante Chile, que había vencido en el encuentro decisivo del año anterior por la copa disputada en el país trasandino.

Aquella vez había sido una derrota inmerecida por penales, por lo que los argentinos querían tomarse revancha a como dé lugar. Pero ya en la previa se sabía que sería una final muy difícil porque los chilenos, si bien habían perdido con Argentina en el debut, luego habían vencido a Bolivia, Panamá, México (con un 7-0 notable) y a la gran Colombia en semifinales. Una gran *performance*, claramente.

Este gran duelo se iba a disputar en Nueva Jersey, por lo que las principales ciudades de la costa este de los Estados Unidos comenzaron a palpar el choque desde unos días antes, como el viernes 24 de junio, cuando la cúpula del popular edificio *Empire State* de Nueva York se vistió con los colores de Argentina y Chile.

Ese mismo día, pero unos 5.300 kilómetros al sur de Nueva York, Carolina salió de su casa cerca de las 19.15 en dirección al Hospital Materno Infantil para cuidar de su hermana, quien había tenido familia y estaba internada junto a su bebé recién nacido, mientras que el esposo de ésta y padre de la criatura se encontraba en su trabajo porque su jefe no le había autorizado el día de licencia por paternidad debido a que no estaba debidamente registrado como empleado de la firma como la mayoría de los compañeros de la fábrica. Y como una ausencia injustificada podía ser causal de despido sin indemnización, y la económica doméstica de la pareja era bastante deficitaria, él no podía permitirse tomar riesgo alguno.

La calle ya estaba a oscuras cuando la joven estudiante universitaria salió hacia la parada de colectivos ubicada en la esquina. Calculó que desde allí tenía una media hora de viaje hasta la vieja estación, distante unas diez cuadras del hospital situado en la calle 844, en pleno centro comercial. “*A las ocho estoy allá*”, le escribió a su hermana a través del servicio mensajería instantánea de su *smartphone*.

No obstante, el colectivo se demoró más de la cuenta ya que el tránsito se tornó extremadamente intenso por el horario pico y el comienzo del fin de semana, lo que habitualmente aumentaba la cantidad de vehículos y peatones en la vía pública.

Apenas descendió en la parada ubicada en la esquina de 846 y la avenida, una mujer que había viajado en el mismo colectivo le preguntó la hora y Carolina advirtió que se le hacía tarde. Eran las 19.50 y no quería dejar sola a su hermana, por lo que en vez de caminar hasta el hospital decidió ir a tomar otro micro en la terminal que funcionaba en un sector del amplio predio de la ex estación ferroviaria que estaba abandonada desde fines de los 70'.

Esta terminal constaba de un playón con varias dársenas de cemento situado junto a la avenida por la que iban y venían distintas líneas de colectivos y detrás del

mismo había un barrio humilde con muchos descampados y todas sus calles de tierra. Y si bien había un considerable número de personas que pasaban por allí, el escenario era bastante desolador ya que se completaba con las ruinas de hormigón de la antigua estación de trenes, la cual había pertenecido al Ferrocarril Provincial Buenos Aires, una empresa de capitales nacionales, franceses y belgas fundada en 1907 (luego estatizada) y que llegó a operar una red de trocha angosta de 900 kilómetros desde la ciudad de *La Plata* hacia el sur y el oeste bonaerense.

Y fue uno de estos ramales, habilitado en 1927 con una sola vía en la margen izquierda y una serie de estaciones orientadas hacia el este para captar la mayor cantidad de luz natural, el que unió la capital de la provincia con *Avellaneda*, pasando por donde ahora sólo había abandono, aunque en teoría, seguía habilitado el transporte de carga, a pesar de que en muchos tramos los rieles estaban tapados. De hecho, por donde pasaban los colectivos los viejos andenes yacía bajo tierra y sus bancos de hormigón apenas se veían al ras del piso. Las pocas paredes de ladrillos que quedaban en pie eran las que habían pertenecido a las boleterías.

Pero no todas las estaciones de este ramal habían caído en semejante desgracia ya algunas se convirtieron en museos ferroviarios y otras en bibliotecas populares, conservando su arquitectura original y manteniéndose como un punto de encuentro atractivo para los vecinos con fines culturales y de esparcimiento.

Uno dos años antes, desde el gobierno provincial se había lanzado un proyecto, bautizado “Tren del Sur”, para recuperar toda esta línea ferroviaria a través de una inversión de unos 40 millones de dólares y que constaría de dos etapas, la primera a concretarse en 2015 y que incluía la restauración de la mitad del ramal.

El objetivo era abrir el tránsito de pasajeros en 14 estaciones y ofrecer un servicio que demoraba sólo 55 minutos con frecuencias de 15 en hora pico y de 30 el

resto del día. Para ello, la provincia primero debía realizar un relevamiento de todo el trazado y de las estaciones para analizar su reutilización o descarte; y después resolver los casos de intrusión sobre los terrenos ferroviarios.

Siempre de acuerdo a la teoría, la venta de pasajes aportaría unos 18 millones anuales, mientras que los inversores privados sumarían dinero para la compra de material rodante, vías y señalización a cambio de la concesión de espacios comerciales a lo largo de la traza.

Pero este proyecto, como tantos otros elaborados previamente, no se concretó y las únicas edificaciones en aceptable estado que se podían divisar frente a la terminal de colectivos era una hilera de casa bajas al otro lado de la avenida, sobre la vereda que Carolina recorría apurada.

Y justo cuando estaba por cruzar la avenida para llegar hasta la dársena sintió que alguien la tomó del brazo desde atrás e hizo que detuviera su marcha.

-No te des vuelta -escuchó decir a una voz masculina, tras lo cual, una pesada mano la agarró del cuello y la otra se aferró a su cintura.

La joven miró ligeramente hacia adelante y también ambos costados pero no llegó ver a nadie cerca, por lo que no gritó para pedir ayuda. En cambio, permaneció inmóvil, presa del miedo.

-Dame el celular.

-Tomá -Carolina sacó su *smartphone* del bolsillo de su campera y lo entregó sin mirar, estirando su brazo derecho hacia atrás.

-Dame todo.

Entonces, la joven agarró la tarjeta SUBE y el cargador del celular que llevaba en el otro bolsillo y también se los dio.

-No intentes hacer nada porque va a ser mucho peor -la amenazó, procurando mantener una voz baja y serena.

-Está bien. No me hagas nada, por favor -rogó Carolina, quien ya tenía lágrimas en los ojos.

-Vamos -el delincuente la hizo girar en sentido opuesto al que se dirigía porque apenas una cuadra más adelante, la avenida se cruzaba con la 844, sobre la que funcionaba los locales comerciales. De hecho, desde ese cruce y siguiendo por la mano del viejo predio ferroviario, dos días a la semana (martes y sábados) se realizaba una gran feria a la que asistían miles de personas de distintos puntos del sur del conurbano ya que en sus puestos, montados con escaparates de madera y toldos, se podía comprar de todo, no sólo alimentos.

Carolina fue obligada a caminar unas seis cuerdas, primero bordeando el alto paredón que pertenecía al depósito de una fábrica de cerámicas y luego varios terrenos baldíos y un par de canchas de fútbol, hasta que la calzada se hizo de tierra.

-Cruza -indicó él al llegar al borde del camino junto al que corría un zanjón.

-No -respondió la joven y acto seguido recibió un golpe de puño en la cara posterior de la cabeza que la hizo tambalear.

-Te dije que cruces.

Aturdida, Carolina obedeció y ambos (él siempre caminando detrás de ella y sosteniéndola del cuello y la cintura) caminaron hasta un descampado hacia una hilera de árboles que terminaba en un extremo en el que se levantaba un montículo de basura en el otro y adonde no llegaba ni un sólo haz de luz tanto del alumbrado público como de las pocas viviendas particulares de los alrededores.

-¿Cuántos años tenés? -preguntó él dando unos pasos hacia adelante para ponerse a la par de ella.

-Dieciséis -mintió la joven con la intención de que él se apiadase de atacar a una adolescente menor de edad.

-¿Y a dónde ibas?

-A la clínica a ver a mi hijo que está internado -continuó ella con su mentira, la cual no parecía tener el efecto que buscaba.

-¿Cuánto tiene tu hijo?

-Tiene días recién.

-¿Y qué le pasó?

-Tuvo un problema de salud y no sé si se va a salvar.

El delincuente negó con la cabeza y ambos siguieron caminando lentamente hasta llegar a un pastizal que les llegaba casi a las rodillas y donde él la arrojó al suelo. Y tras el empujón, la joven cayó junto a un tronco tumbado que, en realidad, era uno de los antiguos durmientes del ferrocarril que actualmente se utilizaban como postes y asientos para delimitar ciertos espacios públicos descuidados por el Estado y en los que los chicos solían jugar durante el día.

Carolina quedó tendida boca arriba y así vio por primera vez a su agresor, quien estaba parado de frente a ella: era un joven que vestido de negro y con un abrigo con capucha, debajo de la cual divisó el borde de una gorra tipo de lana.

-No, por favor -la chica se llevó ambas manos al pecho y agitaba la cabeza de un lado al otro, al tiempo que él se abalanzó sobre ella, trabándole las piernas con las suyas y así la inmovilizó.

-¡Shhh! -exclamó el delincuente mientras bajaba el cierre de su campera, dejando al descubierto una remera oscura con un dibujo rojo estampado en el centro.

Carolina intentó luchar pero él tenía mucha más fuerza que ella y finalmente la sometió a sus bajos instintos. Y durante los pocos minutos que duró la violación, él

permaneció callado, jadeando mientras la penetró vaginalmente y eyaculó dentro del cuerpo de su víctima.

Y antes de escapar a la carrera por el medio del descampado, el delincuente dejó tirada junto a Carolina una tarjeta SUBE pero no la de ella, sino otra, que le sirvió a la joven para tomarse el colectivo de regreso a su casa donde, en medio de un llanto desgarrador, le contó lo sucedido a su madre, quien le indicó que debían ir inmediatamente a hacer la denuncia a la comisaría más cercana, por más que ella no quisiera.

La mamá también la convenció de que no se bañara ni cambiara de ropa y esa misma noche las dos fueron en un remís hasta la seccional 4ta. y denunciaron el hecho. “Todo habrá durado entre cuarenta minutos y una hora”, explicó Carolina a la oficial que le tomó declaración y quien durante la entrevista insistió en saber la mayor cantidad de datos sobre la fisonomía y las prendas de vestir del agresor, si este tenía arma y si la había lesionado de alguna otra manera.

“No sé si estaba armado. Pero de la forma en que me sostenía yo no pude hacer nada”, explicó la víctima y en ese sentido describió que las manos de su agresor las sintió como “garras afiladas”.

“Tenía una nariz corta y ganchuda, como si fuese un pico. No puedo describirlo mejor que eso, pero si lo llegara a ver de nuevo, estoy segura que lo reconocería”, concluyó.

Y al finalizar de declarar, Carolina fue trasladada al hospital zonal para que los médicos la revisaran y constataran el acceso carnal. Allí también recibió contención psicológica de parte de personal especializado y gracias a la rápida intervención de los peritos se pudo recuperar una muestra de semen con el perfil genético del violador.

Esto último era clave porque que esa muestra podía ser cotejada posteriormente con el ADN de algún sospechoso, ya sea de alguien con antecedentes penales por delitos contra la integridad sexual que figuraba en el banco genético elaborado por la justicia a nivel nacional o de cualquier otro detenido.

Sin embargo, ninguna de estas dos posibilidades se concretó en los primeros días que le siguieron al ataque, los más importantes en cualquier investigación. Y tampoco arrojó resultados positivos el cotejo de huellas dactilares a partir del análisis de la tarjeta SUBE abandonada por el delincuente ya que la misma había sido manipulada por varias personas en distintos lugares, días y horarios, por lo que sólo se pudieron levantar rastros parciales.

Es más, la tarjeta no figuraba a nombre de nadie en particular ya que había sido vendida en un locutorio de la Capital a un usuario desconocido que nunca la registró en el sistema ni la denunció como robada; así que esa pista quedó trunca rápidamente.

V

Y finalmente llegó el día tan esperado, no sólo para los hinchas de la Selección Argentina sino para todos los simpatizantes del fútbol. La noche del domingo 26 de junio se disputó la final ante Chile, en un partido al que el equipo nacional había llegado jugando de menor a mayor, y con la confianza tan alta que creía que podía lograr lo que no había podido conseguir en los dos años anteriores. Después de una seguidilla de triunfos contundentes y un gran nivel de juego, los fanáticos sentían ése empuje que parecía no tener freno y estaban seguros que todo era posible.

Mientras que en el estadio *MetLife* de Nueva Jersey se sentía el calor de las 82 mil personas que ocupaban las tribunas, en el Área Metropolitana llovía y hacía frío. Eran las 21 cuando arrancó el encuentro y Luciano se encontraba junto a su amiga Laura en la casa de ésta, quien lo había invitado a ver el partido.

-El año pasado también nos juntamos a mirar la final, ¿no? -la joven estaba sentada como india en un extremo del sillón de dos plazas del living, en tanto que su amigo se ubicaba en la otra punta del mismo.

-Sí, pero fue un sábado a la tarde -respondió Luciano prestándole más atención a la pantalla de su celular que a la del televisor, un *Smart HD* de 43 pulgadas con conexión HDMI, algo con lo que él no contaba en su casa.

Por ello, la joven solía invitarlo los fines de semana, aprovechando que era hija única y sus padres trabajaban ambos días, a ver películas en *streaming*, para lo cual, ella conectaba su computadora portátil a la TV y así simulaba estar en una sala de cine.

A veces, también se les sumaba Yanina, aunque ésta, a pesar de vivir a pocos metros de distancia, prefería salir a pasear con sus amigos más íntimos, quienes tenían su misma edad, durante los ratos libres del fin de semana.

-Tenés razón -Laura miró a Luciano, quien seguía enfocado en su celular-. Me acuerdo que estuvo lindo el día. Fresco pero soleado.

Entonces él levantó la vista y la clavó con severidad en la mirada risueña de su amiga.

-Está bien. Me callo -Laura subió el volumen de la televisión para escuchar el relato del partido mientras iba hasta la cocina a calentar el agua para el mate y buscar unos bizcochitos de grasa.

El partido arrancó con un dominio argentino sobre la pelota y el terreno de juego pero sin grandes emociones. A los 2' el arquero nacional atrapó un balón que iba para el delantero figura de Chile, quien a los 5' fue derribado en el borde del área, aunque el tiro libre posterior no generó ningún peligro.

Recién a los 16' apareció el "10" y cuando se iba directo al arco rival lo bajaron de atrás, lo que derivó en la primera tarjeta amarilla para un jugador trasandino.

A esta falta le siguieron unos cinco minutos en los que Argentina presionó al rival y generó cierto peligro. Primero su centrodelantero tiró un pase de gol que no encontró receptor y luego el mismo atacante le robó la pelota en una salida al marcador central chileno y ante el achique del arquero la tocó sutilmente por arriba del cuerpo de aquel, pero el balón se fue apenas unos centímetros al lado del palo derecha mientras el zaguero que había cometido el error inicial se arrojó dentro del arco para tratar de evitar el tanto en contra.

El clima dentro del campo de juego fue subiendo de temperatura y a los 28', el volante chileno que había sido amonestado por bajar al "10" argentino volvió a cometer una falta contra el mismo rival cuando éste había hecho un autopase y se iba directo hacia el arco, por lo que recibió la segunda amarilla y terminó expulsado.

Con un jugador más, Argentina aumentó la presión sobre Chile y tuvo un tiro al arco que contuvo el arquero de “La Roja”.

Los trasandinos aguantaban como podían y en muchas ocasiones recurrieron a la falta para detener a los argentinos. Y a los 37', tras un fuerte cruce en mitad de la cancha, un jugador por lado fue sancionado con tarjeta amarilla.

El desarrollo se tornó sumamente luchado y los ánimos de los futbolistas prevalecían más que la técnica de cada uno de ellos. Y en ese escenario dominado por los nervios, el “10” fue amonestado por simular que le habían cometido un penal.

El árbitro brasileño parecía dispuesto a aplicar el reglamento con un criterio salomónico y a los 43' expulsó a un defensor argentino por una falta que no había sido tan violenta. Y de esta manera, el primer tiempo terminó con 10 jugadores por equipo.

En el entretiempo, a Laura le llamó la atención que Luciano se mostraba molesto, con gestos de disgusto, como si protestara en silencio.

-No te preocupes -indicó ella entregándole un mate-. Todavía podemos ganar.

-No me preocupo -dijo él con media sonrisa-. Hay cosas más importantes que un partido de fútbol.

Luciano tomó el mate y chupó fuerte de la bombilla.

-Y hablando de cosas importantes -retomó Laura-, ¿vas a viajar para tu pueblo al final?

-No, Lau.

-¿Por?

-Porque no tengo plata -Luciano se inclinó hacia adelante, hasta el borde del sillón, y le devolvió el mate a la cebadora, quien estaba parada junto a la mesa ratona en la que había apoyado la pava.

-¡Qué cagada!

-Y sí.

-¿Hace mucho que no vas? -preguntó ella volviéndose a sentar en el sillón, justo al lado de su amigo.

-Bastante.

-¿Lo extrañas?

-Al pueblo no -Luciano estiró las piernas-. Extraño a mi hijo.

-Claro -Laura apoyó el mate junto a la pava y apartó la mesita-. ¿Querés que pidamos una pizza? Yo invito.

-No, gracias, Lau. Me llené con los bizcochitos.

-Yo también -asintió la joven recostándose sobre el sillón y, mientras Luciano revisaba nuevamente su celular, ella hizo un *zapping* por las distintas señales de películas y música.

El segundo tiempo de la final comenzó sin cambios en las formaciones de ambos equipos, que en los primeros minutos se movieron a un ritmo más lento que el de la etapa inicial. Recién a los 52' hubo una acción de juego para destacar y que terminó con un defensor chileno amonestado. Y dos minutos después, un remate del centrodelantero argentino desde adentro del área se fue por arriba del travesaño.

A los 56' se produjo el primer cambio del partido y fue en Argentina, que reemplazó un volante ofensivo por uno de marca ya que los chilenos habían logrado volcar la balanza de posesión de balón a su favor, aunque sólo habían rematado una sola vez al arco contrario durante todo el encuentro, seis menos que su rival.

El partido se fue achatando debido a las constantes fricciones, como la ocurrida a los 68', cuando el "10" recibió una nueva falta y logró que otro volante chileno fuese

amonestado. Y mientras la figura argentina quedó tendida en el césped, su entrenador realizó una segunda modificación: sacó al centrodelantero y en su lugar colocó a otro atacante, que en la primera pelota que tocó, a los 73', remató al arco pero la tiró a la tribuna.

Por su parte, Chile tuvo su primera situación de real peligro a los 80', cuando el arquero argentino le ahogó el grito sagrado al goleador del equipo trasandino, que inmediatamente después tuvo su primera modificación para lograr mayor peso ofensivo.

En un trámite parejo, a los 84', el "10" combinó con el delantero ingresado un rato antes pero éste remató otra vez por arriba y Chile respondió a los 91' con un ataque que falló su figura dentro del área misma.

A pesar de los esfuerzos de ambos equipos, que sintieron el cansancio de tener un jugador menos, el marcador siguió 0-0 y la final se fue directo al tiempo suplementario, que arrancó con una nueva tarjeta amarilla para un argentino, esta vez por protestar una decisión del árbitro.

Y si el agotamiento se hizo sentir al final de los 90' reglamentarios, en la prórroga en acentuó, por lo que el juego descendió aún más en intensidad y predominaron las maniobras aisladas. Como a los 98', cuando el arquero argentino volvió a quedarse con un duelo personal ante goleador chileno, o a los 99', cuando el guardavalla trasandino contuvo un cabezazo que tenía destino de red.

"La Roja" se guardó los últimos cambios para el tramo final: a los 103' sacó a su figura, que estaba rengo por un esguince de tobillo, y colocó un volante de marca. Y a los 109' reemplazó a su goleador por otro atacante con piernas frescas.

A su vez, Argentina realizó su tercera modificación en la que sustituyó un mediocampista de contención por uno ofensivo, con la idea de ganar con el envi3n del

final, a puro empuje, con más adrenalina que energía. Y casi lo logró porque a los 116' con un remate desde una clara posición que se fue desviado.

Esta fue la última ocasión de gol y la final pasó a definirse por penales, lo que disparó los niveles de drama, sobre todo para aquellos que lo miraban por televisión, como Laura y Luciano, quienes parecían adheridos al sillón, cuyos almohadones ya se veían deformados. Sólo unos minutos antes de que comience la definición desde los doce pasos, la joven se levantó y fue y vino rápidamente del baño, tras lo cual, volvió a adoptar la misma posición previa.

Curiosamente, la final del año pasado entre estos dos mismos equipos también se habían definido por penales y en esa oportunidad se impuso Chile, por lo que ahora los fantasmas rondaban por las mentes de los futbolistas argentinos, y también de sus hinchas más fanáticos.

Pero al arquero albiceleste, tal como lo había hecho en el Mundial 2014, no lo dominó el temor a perder una tercera final en fila y atajó el primer penal.

Sin embargo, el “10”, en quien todos los hinchas argentinos confiaban ciegamente, tiró su penal por arriba del travesaño y la Selección no pudo aprovechar la ocasión de ponerse arriba en el marcador.

La sorpresa fue mayúscula, para propios y extraños, y mientras los fanáticos aún no podían salir de su asombro, los chilenos convirtieron su segundo y tercer penal y los argentinos también: 2-2.

El cuarto penal de Chile fue al fondo del arco, pero el de Argentina terminó rebotando en las manos del arquero, por lo que si el siguiente jugador trasandino acertaba el quinto se acababa la serie.

Y el futbolista chileno no falló y de esa manera Chile obtuvo la Copa por segundo año consecutivo.

Cuando terminó el partido Luciano no se lamentó y permaneció callado, acostado en el sillón, mientras Laura se fue a limpiar y ordenar la cocina. Por momentos él miraba su celular y por otros simplemente el cielorraso de madera que se veía como nuevo ya que había sido renovado hacia poco más de cuatro años, cuando el tornado que azotó distintas zonas de la Capital y el Gran Buenos Aires hizo volar por los aires el techo de chapa original de la vivienda.

Aquella fue la tormenta más destructiva en extensión en la historia del Área Metropolitana donde afectó el corredor Buenos Aires-La Plata, dejando 27 muertos, casi 900 heridos y pérdidas materiales por 275 millones de pesos.

En concreto fue una línea de tormentas severas en forma de arco que incluyó cuatro tornados, uno de los cuales atravesó el municipio en dirección a la autopista y el río con ráfagas de viento de entre 180 y 260 kilómetros por hora que comenzaron a soplar alrededor de las 20 junto a las primeras precipitaciones, cuando se produjo el choque entre una masa de aire cálido, húmedo e inestable proveniente de centro-este del país y un frente frío desde el sudoeste de la provincia de Buenos Aires.

Y bastaron unos veinte minutos para que provocara derrumbes en edificaciones, caída de árboles, voladura de techos y carteles de publicidad en la vía pública, accidentes viales, arrastre de vehículos detenidos y estacionados, inundaciones y cortes de luz.

En el municipio donde residían Laura y Luciano colapsó una losa de hormigón, lo que provocó dos muertes, y hubo más de 100 heridos; mientras que miles de vecinos estuvieron sin luz ni teléfono durante varias semanas, y una gran cantidad de personas debió ser evacuada ya no por el desborde del arroyo sino porque sus humildes casas quedaron destrozadas.

En ese lapso, muchas calles permanecieron intransitables por la presencia de troncos y ramas, y la mayoría de las escuelas debieron suspender las clases; al tiempo que el 17 de Febrero se convirtió, una vez más, en el *Arca de Noé* del barrio, aunque en vez del diluvio universal el enemigo se pareció más a una guerra que dejaba una zona absolutamente devastada, la cual sería reconstruida lentamente, casa por casa, ladrillo por ladrillo, chapa por chapa.

-Che, Lu –Laura lo llamó desde la cocina prácticamente a los gritos-, ¿vas a hacer algo hoy a la noche?

-No, Lau. ¿Por?

-Hay una fiesta que organizan en la Facultad, ¿quierés venir?

La joven lanzó su invitación una vez que regresó al living a paso acelerado.

-No gracias. Mañana tengo que trabajar temprano.

-¿Seguro? –Laura se sentó sobre el apoya brazos del sillón, a centímetros de donde él había colocado la cabeza con su cabellera morocha y cortada al ras-. Mirá que van a ir muchas compañeras...

Laura le guiñó un ojo, pero él no reaccionó.

-Dicen que mañana va a seguir lloviendo –dijo Luciano al cabo de unos segundos de mutismo-. Y más fuerte –remarcó, cortando el hilo de la conversación.

Laura no insistió y con el argumento de que ella ya sí había decidido ir y tenía que bañarse y cambiarse, a los pocos minutos se despidió de Luciano, quien, por su parte, regresó a su domicilio.

Al arribar, su padre miraba en la televisión las repercusiones de la derrota de la Selección Argentina, la cual se agravó con la inesperada renuncia del “10”, quien acababa de anunciar a la prensa que dejaba el equipo nacional: “Ya está. Se terminó”, fue la frase que sacudió al mundo del fútbol.

-¿Dónde estabas, hijo? –preguntó Rubén, recostado sobre su sillón cama.

-En lo de Laura –el joven pasó de largo por la sala de estar en dirección a su dormitorio.

-¿Viste el partido?

-Sí –asintió Luciano de espaldas a su padre.

-¡Qué desastre, eh!

-Sí, mal –Luciano se detuvo bajo la arcada que conducía a la habitación y dio media vuelta, en dirección a Rubén.

-Encima se nos fue nuestro mejor jugador -el padre golpeó sus manos sobre sus muslos cubiertos por un pantalón de *jogging*.

-... -el joven echó un vistazo hacia la pantalla, desconcertado.

-¿Estás bien, hijo?

-Sí, ¿por?

-No, por nada.

-Pasa que estoy cansado –Luciano entornó los ojos y se pasó la mano por la frente-. Me voy a acostar porque mañana entro a laburar a las seis de la mañana.

-Ok. Anda tranquilo. Descansa.

Luciano dio un par de pasos hacia la habitación pero se volvió a detener antes de entrar a la misma.

-¿Está Romina, pá?

-Sí. Se fue a acostar apenas terminó el partido, así que ya debe estar dormida.

-Ok. No voy a hacer mucho ruido, entonces. Chau, hasta mañana.

-Hasta mañana -Rubén alzó su mano, en la que sostenía el control remoto, para despedirse de su hijo, quien antes de acostarse se dio una ducha, para tratar de dormir un poco más relajado.

Mientras tanto, al otro lado de la Cordillera de los Andes, los medios hablaban de un triunfo “histórico” e “inolvidable” luego de una “dramática definición” y destacaban el bicampeonato a manos de “la generación dorada del fútbol chileno”.

Claro que no se olvidaban del retiro del *crack* argentino al cabo de una jornada “épica”, con sabor a “hazaña” y que derivó en “multitudinarios festejos” en todo el país. Es que para los chilenos era como volver a “tocar el cielo con las manos”.

“¡Mamá!, ¡mamá! ¡Bajá, por favor! ¡Bajá ya!”, gritó Juan Manuel a través del portero eléctrico de su edificio. Habían pasado unos pocos minutos de las siete de la mañana del lunes 27 de junio cuando el chico, de 15 años, salió de su departamento del primer piso y bajó por las escaleras hasta el palier, para dirigirse a la escuela, en la que cursaba el segundo año del secundario. Todavía no había amanecido y esto, sumado a un cielo plomizo, obligaba que las luces artificiales de la calle, completamente mojada por la lluvia caída durante toda la madrugada, aun permanecieran encendidas.

Momentos después, Paola, la madre del adolescente que estaba preparándose para ir a trabajar cuando recibió aquel llamado desesperado de su hijo, apareció en el palier casi a la carrera y lo primero que vio fue a su hijo sentado en el piso, con la espalda contra una de las paredes laterales, las piernas recogidas y la cabeza gacha, entre las rodillas. Temblaba y no de frío.

-¿Qué te pasó? –preguntó la mujer acercándose hasta su hijo, quien no respondió.

Paola no apartaba la vista de Juan Manuel y una vez que estuvo junto a él se agachó para rodearlo con sus brazos, pero antes de que pudiera hacerlo, el chico alzó la cabeza y la giró hacia el lado de la calle, por lo que ella lo imitó.

Entonces la mujer vio lo que había asustado a su hijo: el cuerpo de una joven que yacía boca arriba sobre la alfombra ubicada junto a la puerta de *blindex* de la entrada del edificio, al que se accedía por una escalera de dos peldaños de mármol con un rellano de un metro de ancho hasta llegar al umbral. Todo el frente era de ese vidrio laminado, por lo que se podía ver hacia el exterior, adonde en ese momento no pasaba un alma de a pie, sólo algún que otro vehículo particular, como ocurría habitualmente.

Paola abrió bien grande los ojos y advirtió que la chica estaba aferrada a su cartera y tenía un juego de llaves en una de sus manos, pero no se movía, por lo que sacó su teléfono celular del bolsillo de su abrigo y llamó al 911.

Luego le indicó a su hijo, quien seguía asustado, que se fuera al colegio porque tenía que rendir un examen importante, mientras que ella le tocó el timbre al encargado del edificio y después se sentó en un sillón gastado de una plaza ubicado en un rincón del palier a esperar la llegada de la ambulancia.

¡Bruuummm!, tronó afuera y los tensos músculos de la mujer se estremecieron al igual que el blindex. ¡Bruuummm!, resonó nuevamente y enseguida se desató una fuerte tormenta.

Paola vivía en aquel edificio porteño hacía seis años, junto a su marido y los dos hijos de ambos: Juan Manuel y una niña que asistía a la escuela primaria, pero que esa mañana se quedó con su papá adentro del departamento, el cual daba a la calle. El hombre había bajado preocupado tras haber escuchado el llamado por el portero pero su mujer le sugirió que regresara de inmediato al hogar para que su hija no se enterase de lo sucedido.

Así, Paola permaneció sola en el palier hasta que unos quince minutos después de haberle tocado el timbre se hizo presente el encargado del edificio, quien tenía tanto

miedo que no se animó a acercarse a la puerta ni realizó comentario alguno sobre el cuerpo tirado junto a la misma.

Cerca de las 7.30 llegó el personal del *Servicio de Atención Médica de Emergencias (SAME)* a bordo de una ambulancia e inmediatamente el facultativo a cargo de la unidad constató que la joven que yacía en el lugar ya estaba fallecida y que, probablemente, se trataba de una muerte violenta, por lo que debían intervenir las autoridades policiales y judiciales.

Ante esta situación, el encargado del edificio entró directamente en pánico, por lo que fue Paola quien atendió al primer efectivo de la Policía Federal Argentina (PFA) que arribó al lugar cinco minutos más tarde.

El joven oficial primero Allegue prestaba servicio en la comisaría 10ma. de la PFA y recorría a bordo de un patrullero el Sector 5, con jurisdicción en la zona, cuando recibió un alerta radial desde la Central del 911 en la que le indicaron que debía desplazarse hasta allí para “verificar una persona caída en el palier de un edificio” ya que se “trataría de alguien sin vida”.

Si bien el móvil se encontraba a varias cuadras de distancia, los otros patrulleros afectados a la recorrida y las tareas de prevención en la jurisdicción estaban aún más lejos, por lo que Allegue condujo hasta el lugar señalado bajo una intensa lluvia que complicaba el tránsito.

El policía tardó más de la cuenta en llegar y cuando finalmente lo hizo lo recibió el médico del SAME que le informó sobre su diagnóstico, por lo que el oficial llamó a la Central para dar aviso de la novedad y que desde allí se activara el protocolo correspondiente con la intervención de la fiscalía y el juzgado de turno. “Verificar y

ampliar el panorama”, ésa era la instrucción fundacional del procedimiento que le habían enseñado en la Academia.

Las precipitaciones seguían siendo abundantes, por lo que era crucial que los peritos de la Unidad Criminalística de la PFA llegasen lo antes posible para poder preservar el cuerpo y las evidencias. Mientras tanto, Allegue pudo observar desde el exterior del palier que había sangre en los peldaños de la escalera de la entrada al edificio y que había una baranda de madera en la pared de la mano derecha en la que también podría haber manchas hemáticas.

Según le había manifestado el médico, a simple vista no se observaban heridas por arma de fuego, sino lesiones corto punzantes o por traumatismo. De todos modos, le resultó claro que se trataba de un homicidio.

Como consecuencia del horario y la tormenta, la luminosidad en la escena del crimen no era la óptima, por lo que resolvió proseguir con la inspección ocular sin la presencia de los peritos y también se entrevistó con Paola para recabar la mayor cantidad de datos en la menor cantidad de tiempo posible.

-¿Quién halló el cuerpo? -el oficial Allegue y la mujer se encontraban en la vereda, bajo el balcón del primer piso para evitarse mojarse.

-Mi hijo -Paola tenía los brazos cruzados y miraba hacia la calle, donde relucían las luces intermitentes de color azul de los patrulleros que comenzaban a llegar, uno detrás del otro.

-¿Podría hablar con él?

-Se fue a la escuela. De todos modos, es menor así que yo voy a hablar en su lugar –la mujer no pudo ocultar su disgusto en el tono de su respuesta. Además fui la segunda persona en ver el cuerpo, ¿qué más quiere?, pensó.

-¿Conoce a la víctima? -Allegue colocó sus manos detrás de la espalda al tiempo que observaba como sus compañeros de la brigada de la comisaría terminaban de acordonar el área y cortar el tránsito.

-No. Pero cuando estaba esperando la ambulancia llegó una vecina del edificio que la conocía de vista y me dijo que la chica vivía acá.

Según Paola, había tres departamentos por piso y todas las unidades estaban ocupadas.

-¿Escuchó o vio algo raro o sospechoso?

-A eso de las seis, yo estaba en la cama, que da hacia a la calle, y escuché como un grito de mujer en la entrada del edificio. Pero no le di trascendencia porque fue un sólo grito, corto, como de sorpresa. No se escuchó ninguna palabra o pedido de auxilio.

-Ajá.

-Y al mismo momento que se escuchó el grito sentí que el perrito de mi vecino ladraba. Pero eso tampoco me llamó la atención porque siempre ladra cuando alguien abre o cierra la puerta del edificio. Desde el primer piso se pueden oír todos esos movimientos.

-Claro ¿Y qué pasó después?

-Yo seguí acostada hasta que tipo siete me hijo salió para la escuela y cuando bajó al palier vio a la chica tirada y me llamó por el portero del lado de adentro.

-O sea que él se acercó hasta la puerta.

-Sí, pero no llegó hasta la puerta porque en el medio estaba el cuerpo. Y como pensó que la chica estaba como desmayada me llamó.

-¿La puerta estaba cerrada?

-Cuando yo bajé, sí.

-¿Y el cuerpo?

-Estaba como ahora: boca arriba, con las piernas extendidas, con su carterita y las llaves, y la ropa intacta.

En ese momento, Allegue advirtió que la víctima tenía puesta una campera de cuero marrón, corta y con cierre; llevaba un pantalón largo negro y unas botas del mismo color.

-Al principio no vi sangre pero después de llamar a la ambulancia, con el encargado abrimos la puerta y ahí sí vi la sangre en los escalones y unas gotitas en la pared del costado derecho, a la altura de la baranda.

-¿La puerta estaba cerrada con o sin llave?

-Al edificio se entra y se sale con una llave electrónica. Hay que meterla en la ranura y empujar la puerta hacia adentro. Y para cerrarla hay que acompañarla porque si no queda entreabierta.

Todo indica que a la chica la atacaron afuera del palier y que ella alcanzó a entrar y cerrar la puerta, se dijo Allegue, quien aprovechando que la lluvia había cesado caminó hasta el cordón de la vereda y miró hacia ambas esquinas. Ahora hay más movimiento pero a las seis seguro que no, analizó y luego regresó sobre sus pasos para quedarse al lado de Paola, junto al blindex empañado de la entrada.

Desde allí, el oficial pudo observar que una vez que se cruzaba el umbral, hacia la derecha estaba el portero interno en la pared y unos metros más adelante la entrada del ascensor, en tanto que en el muro opuesto había un gran espejo y un par de macetas con plantas de largas hojas verdes. Mientras que la escalera se ubicaba de frente a la puerta principal.

-¿Dónde está el departamento del encargado? -preguntó el oficial, ante lo cual, Paola se apoyó sobre el vidrio laminado y apuntó con el dedo índice.

-Al costado de la escalera se abre un pasillo y en el fondo está la puerta que atiende el encargado.

Minutos antes, el portero había vuelto al interior de su departamento y al oficial le hubiese encantado ir a entrevistarlo, pero justo en ese momento arribó la médico legista de la Unidad Criminalística que debía inspeccionar el cadáver.

-¿Sabe si hay alguna cámara de seguridad? -Allegue se volvió hacia Paola recordando aquellas las imágenes de los aparatos de vigilancia que dos años antes habían permitido reconstruir el resonante homicidio de una adolescente del barrio porteño de Palermo asesinada por el portero de su propio edificio, quien luego sería condenado a prisión perpetua.

-Hay una, allá -la mujer señaló hacia la esquina noroeste del palier, donde una cámara colgaba del cielo raso y apuntaba en diagonal desde la salida de la escalera hasta la puerta y el rellano de la entrada-. Pero no graban.

-¡Qué cagada! -exclamó el oficial, quien se apartó de Paola algo avergonzado por exabrupto y fue a saludar a la doctora Rawson, quien hacía siete años trabajaba para la PFA y había sido convocada por “una muerte dudosa, homicidio o suicidio”.

Eran casi las nueve de la mañana cuando la médico legista se agachó flexionando las rodillas e inclinó su torso sobre el cadáver, y comenzó a describir en voz alta lo que observaba a simple vista mientras su asistente personal, un hombre joven con una tabla porta *block* color madera y un aprieta papel de aluminio plateado en la parte superior del mismo, anotaba cada frase procurando no olvidarse ninguna palabra o concepto que podría resultar clave más adelante en la investigación.

Al mismo tiempo, el asistente también dibujaba en otra hoja un croquis acerca del lugar que luego, con un mayor nivel de detalle, la jefa se encargaría de transformar en un plano que formaría parte de su informe oficial para entregar a la justicia.

Por su parte, los policías, entre ellos el propio oficial Allegue, rodeaban a la doctora a una distancia prudencial para evitar la contaminación de la escena del crimen sobre la que ya no llovía aunque había bastante agua acumulada. De todos modos, el pronóstico del clima no era demasiado alentador en el corto plazo ni para el resto de la jornada.

“El cuerpo pertenece a una mujer joven y está completamente vestido, decúbito dorsal, lateralizado en punta por la izquierda y con los pies hacía la puerta de entrada al palier. Yace a un metro del umbral, el cual mira hacia el norte. Los rastros de sangre en el piso están del lado de afuera y en la pared, por lo que pudo haber sido atacada cuando ingresaba al edificio. Además, tiene una cartera tipo morral cruzada de derecha a izquierda y un juego de llaves en su mano derecha, por lo que no se trataría de un robo”, sostuvo la doctora, quien a diferencia de otros colegas suyos utilizaba su celular, con una línea proporcionada y abonada por la fuerza, sólo para tomar fotografías en primer plano de distintos aspectos del cadáver pero no para grabar su voz en un archivo de audio.

Luego, la forense con un sutil movimiento con la yemas de sus dedos cubiertos por unos guantes de látex giró ligeramente el cuerpo para enderezarlo y así descubrió que debajo del mismo, a la altura de la región torácica, habían un gran charco de sangre que antes de realizar esa maniobra no se alcanzaba a ver.

“A *priori* presenta entre diez y once lesiones punzo cortantes de diferente profundidad. Todas son vitales y están sobre el hemisferio izquierdo de la víctima. Hay una lesión extensa y profunda en el pómulo de ese lado, que incluso afectó la estructura

ósea, y otra similar en el maxilar. Y dos en el cuello. También hay tres heridas en la mama izquierda y una importante en el centro del estómago”, afirmó con plena seguridad, aunque su voz sonaba congestionada por la mucosidad que cubría su garganta a raíz de un resfrío que llevaba ya varios días.

Según la doctora, por la ubicación de las heridas, el ataque debió ser “frontal y rápido”, por lo que el asesino y la víctima estuvieron cara a cara por unos segundos.

A su vez, detectó lesiones de defensa en ambas manos y brazos. Es decir que, a pesar de ser tomada por sorpresa, la joven se resistió como pudo. De hecho, en el antebrazo derecho, con el que se creía intentó cubrirse el rostro, tenía un corte que le llegaba hasta el hueso.

De acuerdo a la perito, todas estas lesiones eran externas, cuando las heridas producidas con un elemento punzo cortante también podían dejar lesiones internas, aunque éstas debían ser analizadas posteriormente en la operación de autopsia a llevarse a cabo en la Morgue Judicial.

“Por lo visto, no hay ningún hematoma que implique que la víctima haya sido golpeada ni signos de un ataque sexual ya que sus prendas de vestir están colocadas en perfecta posición, incluso el pantalón está abrochado”, continuó la perito poniéndose de pie.

-¿Data de muerte estimada? –la pregunta del asistente pareció tan indiferente y rutinaria como si se estuviese refiriendo a una de las 365 fechas del calendario. Tal vez su procesión iba por dentro o simplemente seguía los consejos de su jefa que le había manifestado apenas comenzaron a trabajar juntos que en este tipo de casos había que mantenerse frío y distante, para evitar que las emociones influyeran negativamente en la labor pericial.

-Hace tres horas, aproximadamente-.Y por la cantidad de sangre derramada se trató de una muerte rápida, con un rango de sobrevivencia no superior a los quince minutos.

-¿Algo más, doctora? –el asistente apartó por un momento la vista de la hoja sobre la que realizaba sus anotaciones.

-Sí –la especialista guardó su celular en su campera-. Las lesiones fueron producidas probablemente con un arma chica y sin serrucho.

-Ajá.

-Y hay que dejar constancia de que antes de nuestro arribo hubo un temporal importante que pudo haber borrado huellas en la parte externa de la escena.

-Ok.

-Ahora vamos a analizar justamente esa parte –la médico legista se apartó del cadáver y antes de salir del palier se dirigió a los otros peritos-. Ya pueden secuestrar las pertenencias de la víctima para su análisis.

“Desde donde yace el cuerpo hay manchas de sangre en la escalera y hasta la vereda”, reanudó la doctora Rawson momentos después, al tiempo que su asistente la seguía atentamente, como una especie de sombra.

No me sorprende que por la cantidad y características de las lesiones, especialmente la del cuello, sumado a la defensa que ejerció la víctima, haya habido salpicaduras abundantes, evaluó mentalmente.

“También se puede observar una mancha de arrastre en la pared lindera del edificio en dirección a la esquina oeste”, continuó. “Vamos hacia allá”, les indicó a su asistente y a los policías de la Brigada de la seccional local.

Entonces, los investigadores caminaron por la vereda mojada hacia el oeste, pasando por el frente de otros edificios y al llegar a la esquina, donde la calle se cortaba

con un pasaje transversal, hallaron unas gotas de sangre en el suelo, justo debajo de un balcón que cubría parte de esa ochava.

Ésta debe ser la sangre del asesino, que se cortó durante el ataque, pensó la doctora Rawson, asomándose por el pasaje que a unos 100 metros hacia el norte desembocaba en la *avenida Rivadavia*.

Y mientras observaba detenidamente el posible recorrido que el asesino podría haber hecho en su huida, se le unió el inspector Vila, de la División Homicidios de la PFA, quien había sido convocado por la Fiscalía interventora.

El detective conocía acabadamente la zona porque su carrera en la fuerza había comenzado justamente como numerario de la comisaría 10ma. y si bien habían pasado muchos años desde aquel entonces (los últimos cinco en Homicidios), el lugar le seguía resultando familiar.

-¿De qué podría ser esta sangre, doctora? –Vila se paró al lado de la médico legista y miró hacia el suelo con sus manos colocadas en los bolsillos de su piloto impermeable, del mismo azul oscuro que el uniforme policial, aunque él estaba vestido de civil.

-Justo estaba pensando en que podría ser del asesino, inspector –Rawson extendió un saludo y obligó al detective a retirar una de sus manos de la comodidad de su abrigo.

-¿Y por qué no la sangre de un perro de la calle que estaba lastimado y pasó por acá? Estamos como a cincuenta metros del cadáver.

-Es posible, pero poco probable –respondió la doctora, procurando esquivar el tono irónico y sarcástico del detective-. Verá: también hay una mancha de arrastre en la pared lindera del edificio en este sentido, por lo que ambos extremos coinciden en una misma trayectoria.

-Ajá.

-Y esa mancha está a un metro, metro y medio del suelo, por lo que no difícilmente pertenezca a un perro callejero.

Touché, se dijo el inspector, con media sonrisa.

Idiota, pensó ella al ver esa mueca socarrona.

-¿Y no podrían ser de la propia víctima? –insistió él torciendo su boca de labios finos.

-Todo indicaría que la sangre de ella está donde la atacaron y quedó su cuerpo tirado -la doctora Rawson se volvió hacia el este, en dirección a la entrada del edificio.

Vila asintió pensativo y luego de unos segundos buscó a los efectivos de la Brigada, ante lo cual, Allegue se le acercó para ponerse a disposición.

-Oficial, quiero que el personal de Criminalística comience a buscar cámaras de seguridad en los alrededores -el inspector señaló con el dedo índice la ochava de enfrente, donde funcionaba una sucursal bancaria.

-Ya hicimos un primer relevamiento en la periferia y detectamos la existencia de tres cámaras: una privada, una del Gobierno de la Ciudad y otra de la PFA; señor.

-Bien. Entonces empiecen a ir departamento por departamento buscando testigos. Hay que saber si la víctima vivía sola, con su familia, algún chico o alguna chica.

-¿Y qué hacemos con la mujer que encontró el cuerpo y llamó a la Policía?

-¿Ya la entrevistaron?

-Sí. Yo lo hice.

-Bueno, que vaya a la comisaría para que le tomen declaración cuanto antes.

-Entendido, señor –confirmó Allegue con una especie de reverencia, tras lo cual, se retiró junto a los demás efectivos de la Brigada y los peritos en Criminalística,

quienes se fueron dispersando por la escena del crimen, sobre la que volvió a caer otro fuerte chaparrón.

Ante esta situación, el equipo encabezado por la doctora Rawson procedió lo más rápido posible a tomar muestras de las manchas de sangre existentes en la vereda y la pared lindera para evitar que el agua de lluvia las diluyera.

¡Plaf!, ¡plaf!, ¡plaf!, resonaban sobre los charcos de agua las botas de los miembros del personal de la Unidad de Traslado de la Morgue Judicial que cargaban la camilla con el cuerpo de la joven asesinada envuelto en una bolsa de plástico negro en la parte trasera del camión.

Las primeras diligencias de rigor ya habían concluido en la escena del crimen, por lo que prácticamente todos los policías y peritos se retiraban del lugar; mientras que los vecinos más curiosos del barrio aprovechaban que las precipitaciones habían cesado y pasaban mirando de reojo.

-Hacía rato que no trabajábamos un caso juntos, Rawson –el inspector Vila se dirigió a la médico legista una vez que “la morguera” se retiró y se restableció el tránsito vehicular en la cuadra, la cual ya no estaba a oscuras a pesar de que el cielo seguía encapotado.

-¡Cómo te gusta molestarme, eh! –expresó la doctora, risueña, tras comprobar que ambos se habían quedado solos en la puerta de entrada al edificio.

-Es que vos te enojás muy fácilmente.

La doctora Rawson lo miró con una seriedad forzada y Vila no pudo evitar soltar una carcajada.

-Y vos siempre igual de pesado.

-¿Qué quieres que haga? –Vila se encogió de hombros. Al mal tiempo, buena cara, ¿no?

-Como si fuese tan fácil –Rawson recogió su maletín del último peldaño de la escalera y llamó a su asistente-: Cargalo en el móvil y esperame ahí que ya voy.

El joven perito obedeció en el acto y en una rápida maniobra se ubicó dentro del vehículo.

-Bueno, hablando en serio –un gesto de seriedad se dibujó en el rostro de Vila, perfectamente afeitado a excepción por un bigote recortado de manera impecable-. ¿Qué tenemos acá?

-Todo parece indicar que se trata de un crimen de odio hacia las mujeres o de violencia de género.

-¿Un femicidio?

-Sí.

El inspector sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo interno de su piloto y encendió uno. Dio una larga calada y tras exhalar el humo.

-En este tipo de crímenes –prosiguió ella- se suele lesionar la parte visual y estética del cuerpo de la mujer, como la cara y las mamas. Algo que aquí se puede observar claramente.

-¿Y el abuso sexual?

-Podría haber sido la motivación inicial pero no hay ningún indicio de ello –la médico legista se secó la frente, bañada con una mezcla de agua de lluvia y sudor, con un pañuelo desechable-. Si fuera un intento de violación fallida, el agresor habría lesionado la parte genital y los glúteos, donde se concentra la carga emocional del delincuente sexual, pero no lo hizo.

-Entiendo.

Vila advirtió la tensión en la postura de la médico legista y le acercó su cigarrillo- ¿Una pitada para descomprimir?

-Vos sabés muy bien que dejé de fumar hace años -señaló Rawson levantando el entrecejo.

-Ok -el inspector arrojó el cigarrillo a medio fumar sobre la vereda y ni siquiera le hizo falta pisarlo porque se apagó en un cúmulo de agua formado entre las baldosas-.
¿Qué me podés decir del arma homicida?

-Las lesiones tienen bordes netos. Generalmente, cuando se emplea un arma grande y con serrucho hay heridas anfractuosas. En este caso, probablemente haya sido un arma fina y dotada de un muy buen filo, como una navaja o un bisturí, porque en una de las lesiones cortó cartera, campera, remera y lesionó la piel.

-Ajá.

-Además, no hay ningún hematoma típico del choque de un arma grande.

El inspector guardó sus manos en su abrigo y agitó su cabeza hacia un lado y al otro, haciendo traquetear las cervicales.

-Creo que el agresor es diestro ya que casi todas las heridas están del lado izquierdo -agregó Rawson con la vista al frente pero perdida, sin enfocarla en nada, ni siquiera el móvil con la puerta del acompañante abierta en el que la aguardaba su asistente.

-¿Estás bien?

-Sí, sólo cansada.

-Te noto preocupada.

-Es que tengo la sensación de que esto fue obra de alguien con algún tipo de trastorno mental.

-¡Eh! -el inspector enderezó su columna vertebral y echó los hombros hacia atrás-, ¿para tanto?

-Es una sensación personal, nada más.

-Primero hay que confirmar si la atacaron adentro o afuera del palier, porque ahí radica la diferencia entre si fue alguien conocido de ella o no.

-Parecería que la atacaron afuera y que ella llegó a entrar.

-Si fue así, entonces pudo haber sido cualquiera, incluso un ladrón. Pero lo único de valor que le estaría faltando a la víctima es su teléfono celular. Salvo que lo encontremos dentro del departamento pero, ¿qué joven sale hoy en día a la calle sin su móvil?

-El agresor pudo habérselo llevado sólo para ocultar pruebas.

-Probablemente. Si ella lo llevaba en la mano, como las llaves, se le pudo haber caído durante el ataque y el agresor no tuvo más que levantarlo del suelo.

-Claro ¿Y ahora qué pensás hacer?

-Por un lado hay que entrevistar al círculo íntimo porque las lesiones que vos describís se refieren a un posible vínculo o cercanía con el asesino -Vila dio unos pasos hacia la calzada y ella lo siguió-. Y, por el otro, espero poder encontrar alguna pista en las imágenes de las cámaras de seguridad.

-Suerte -Rawson se paró junto a la puerta abierta del móvil- ¿Para dónde vas?

-Voy a la comisaría pero no te preocupes que estoy con el coche -el inspector la saludó con un beso en la mejilla.

-Ok. Después nos vemos.

-Seguro.

La doctora se ubicó en el asiento del acompañante y Vila le cerró la puerta. Y mientras el móvil de los peritos se alejaba, el inspector caminó hasta su vehículo

estacionado a la vuelta de la esquina este, dado que cuando él arribó, la cuadra ya había sido acordonada. Menos mal que terminamos antes de que lleguen los movileros, se dijo a medida que daba la vuelta manzana a bordo de su auto, mirando a su alrededor en busca de algún trabajador de prensa que en este tipo de hechos solían elaborar sus propias conjeturas y difundir todo tipo de hipótesis, en su mayoría disparatadas, que lo único que lograban era distorsionar la realidad subyacente del caso y confundir a la comunidad.

Vila también sabía perfectamente que si la presión de la opinión pública era alta, aumentaban la necesidad de esclarecer el crimen lo antes posible, y eso podía derivar en la detención de un “perejil”; algo que ya le había ocurrido en anteriores investigaciones y de lo que él siempre se lamentaba. Gajes del oficio, se trataba de consolar al inspector.

-¡Qué manera de llover! –exclamó Vila al ingresar al hall de la comisaría 10ma. en la que sólo había personal administrativo junto al oficial Allegue, quien se encontraba detrás del mostrador de recepción, *tipeando* sobre el teclado de una computadora.

-¿Otra vez se largó? –preguntó el oficial apartando la vista de la pantalla y dirigiéndola hacia a la ventana delantera, aunque desde allí difícilmente podía llegar a advertir lo que ocurría en el exterior, no sólo por la distancia hasta el frente sino porque del lado de afuera el balcón de la planta alta resguardaba las aberturas de las inclemencias del tiempo.

-Sí, otra vez –se resignó el detective al tiempo que se quitaba su piloto empapado.

-Parece que el cielo llora por la final perdida, ¿no? –bromeó el oficial volviéndose a ubicar detrás de la computadora.

-¿Lo qué? –Vila colgó su abrigo en el perchero ubicado detrás del mostrador y se sentó en la primera silla que encontró disponible, junto a un escritorio con una pila de papeles.

-El partido de anoche.

-Ah, cierto. No lo vi.

-¡¿Cómo puede ser?! –Allegue extendió sus brazos a ambos lado de su cuerpo-. Usted, señor, debe haber sido el único habitante de este país que se lo perdió.

-Estuve de guardia justamente para que otros fanáticos como usted, oficial, lo pudiera ver tranquilos –mintió Vila, quien la noche anterior había estado de franco, aunque de esa manera logró avergonzar al joven Allegue, quien agachó la cabeza-. De todos modos, no me interesaba demasiado porque sabía que íbamos a perder.

-Cómo usted diga, señor –Allegue se paró frente a la silla y le entregó al inspector un documento recién impreso.

-¿Qué es esto?

-Los datos personales de la víctima.

Vila echó rápido un vistazo a la hoja.

-¿Chilena?

-Sí.

-Parece un chiste de mal gusto.

-¿Cree que el partido tuvo algo que ver?

-¿Me lo está preguntando en serio, oficial? –Vila apoyó la hoja sobre el escritorio y cruzó los brazos sobre su pecho, echándose contra el respaldo de la silla.

Allegue carraspeó.

-Realmente piensa que a esta pobre chica la mataron porque era chilena.

-Bueno...

-En ese caso –Vila interrumpió el balbuceo del oficial, cuyo rostro se había sonrojado-, vamos a tener que investigar a todos los hinchas de la Selección Argentina del Área Metropolitana.

-Quise decir...

-Ya sé lo que quiso decir –el detective alzó la mano como si le indicase que se callara-. Por favor, déjese de pavadas y póngase a trabajar en serio.

-Sí, señor.

-¿Ya le tomaron declaración a los testigos presenciales?

-Ya lo hicimos y recién se retiraron.

-¿Incluyendo al encargado del edificio?

-Sí. A él primero y después a su esposa, que confirmó la versión del marido que lo ubica durmiendo con ella al momento del crimen.

-¿Y dónde están esos informes?

-Los tiene el comisario.

Vila se puso de pie y el oficial dio unos pasos hacia atrás para hacerse a un lado y liberar el camino.

-¿Está en su despacho?

-Sí, reunido con el sub –Allegue señaló la escalera que conducía al primer piso, donde funcionaban las oficinas de los jefes de la seccional, ubicada a menos de veinte cuabras de la escena del crimen.

El inspector resopló con disgusto y, con la hoja con los datos personales de la víctima en mano, subió dicha escalera pensando que si la Fiscalía ya había convocado a Homicidios, él debía concentrar toda la información del caso. Y cuando estuvo parado frente a la puerta del despacho del comisario no tocó para pedir permiso o anunciarse sino que entró directamente.

VI

El día había amanecido frío, con 2° de mínima y el cielo despejado, por lo que en cuanto el sol comenzó a calentar el aire del sur que soplaba entre el Pacífico y la Cordillera, el ambiente en la ciudad de *Santiago* y sus alrededores se tornó agradable. De hecho, para la tarde, se esperaba una máxima de 19°, un verdadero lujo para una jornada invernal.

Claro que la temperatura en todo el país ya venía en alza debido al histórico triunfo obtenido por “La Roja” la noche anterior y que había desatado el interminable festejo de sus hinchas.

Pero a Cecilia no le gustaba mucho el fútbol, en realidad le resultaba indiferente, aunque sí disfrutaba cuando ganaba el equipo de su esposo Marcelo y de su hijo menor, Alexis, porque estos se alegraban.

Así que después de almorzar, y mientras su hijo se encontraba en la escuela, la mujer se dirigió a la habitación de su hija mayor, Camila, quien dentro de aproximadamente un mes y medio iba a regresar desde Argentina luego de concluir su beca en la Universidad de Buenos Aires (UBA).

Hacía seis meses que la joven había partido de su hogar y su madre la extrañaba cada día que pasaba lejos de ella. Por eso, ahora que faltaba poco para que volviera, la mujer decidió comenzar a adornar el dormitorio para que estuviera bonito al momento de la llegada.

A Marcelo le gustaba que el centro de Santiago combinase altos rascacielos con espacios verdes, pero ser un chofer de autobús podía resultar un verdadero trastorno debido a los *tacos* que solían producirse en la hora *punta* en las principales avenidas

como la *Alameda*. Por ello, además de distraerse con el paisaje, el hombre llevaba la radio prendida en todo momento y así se sentía acompañado.

Los micros tenían diferentes colores y números para diferenciarse entre sí, y se podía abonar el pasaje con la misma tarjeta con la que se pagaba el pase en el *Metro*, el medio de transporte público más utilizado por los habitantes de la ciudad en los últimos años ya que tenía un mayor alcance territorial y resultaba más rápido.

Y en algunos de los recorridos predeterminados, desde el autobús, en el que un cartel rojo con letras blancas colocado junto al lector de la tarjeta advertía sobre los montos de las multas para quien no abonase el pasaje, se podía llegar a observar la belleza omnipresente de Los Andes nevados y las calles limpias de una ciudad moderna, que contaba con el movimiento habitual de un distrito capital.

Cecilia y su familia residía en un barrio de casas bajas ubicado unos 15 kilómetros al sudoeste de la capital, en uno de las comunas más pobladas de la *Región Metropolitana*, y a la vera de la *Autopista del Sol*, la principal vía de conexión.

A través de la ventana de la habitación de su hija, la mujer contemplaba los cerros que se levantaban al otro lado de dicha autopista y que rodeaban el curso del *Mapocho*, a cuyas orillas Camila adoraba ir de paseo desde niña, igual que Alexis, quien era muy unido a su hermana a pesar de ella le llevaba seis años.

Cecilia estiraba las cortinas que acababa de anudar con listones de un raso color lila cuando sonó el teléfono fijo en el comedor: era su esposo.

-Hola, Marce -la mujer no pudo ocultar su sorpresa ya que a esa hora él debía estar a bordo del micro y nunca la llamaba-. *¿Quiubo?*

-Estoy acá, en la terminal.

-¿Tuviste algún accidente o seguís con el *hachazo* por todas las *chelas* que te tomaste anoche con el partido? –preguntó ella mezclando cierta preocupación con broma, aunque sabía perfectamente que su esposo no era un *curao*.

-Yo estoy bien, pero tenés que poner las noticias.

-Pero, ¿para qué? -Cecilia caminó con el teléfono inalámbrico en la mano hasta el televisor y lo encendió.

-Pasó algo -Marcelo hizo una breve pausa y tragó saliva- ¿Ya pusiste las noticias?

-Prendí el televisor.

-No, no. Prendé la radio.

-No tengo una radio acá -la mujer miró alrededor del comedor y luego cayó en la cuenta que en el dormitorio de Alexis había un equipo de audio, por lo que se encaminó hacia allí-. Me podés decir qué está pasando -insistió ella mientras trataba de encender el aparato.

-Estaba manejando y escuché en la radio que habían matado a una chica chilena en Buenos Aires.

A Cecilia casi que se le detuvo el corazón y las piernas se le aflojaron, así que se sentó en la cama de su hija.

-Ceci: en las noticias dijeron que se llama Camila.

-No –la mujer quiso gritar pero la garganta se le anudó-, no puede ser...

-Bueno, tranquila, Ceci. Todavía no estamos seguros de nada.

-¿Y qué hacemos mientras tanto? –Cecilia estaba al borde del llanto.

-Quedate en casa que yo ya voy para allá, y en cuanto llegue vamos *al tiro* a ver a los Carabineros, ¿sí?

-Está bien, está bien.

Cecilia cortó la comunicación, arrojó el teléfono al suelo y se recostó boca abajo, con el rostro irritado apretado contra la almohada. “Hay que *aperrar*, nomás”, se dijo con un hilo de voz entrecortada.

El inspector Vila se encontraba en su despacho de la División Homicidios, en un edificio de dos pisos y estilo colonial ubicado a unas 13 cuadras del Departamento Central de la PFA, en plena Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Luego de una tensa reunión con el comisario y el sub de la seccional 10ma. había regresado a su oficina con una copia de las actuaciones iniciadas por el crimen de la joven chilena, que a esa hora de la tarde ya era la noticia más leída en las páginas web de los principales medios de comunicación, no sólo argentinos sino también de la región, luego de la sorpresiva renuncia del “10” de la Selección Argentina.

Desde su silla y con una decena de papeles frente suyo miraba hacia la puerta ventana con vista a la calle y que daba a un balcón francés. “Al fin paró de llover”, se dijo justo antes de que sonara el *ringtone* de su teléfono celular.

-Señor, habla el oficial Allegue, de la décima -el joven policía hablaba de pie junto al mostrador de la comisaría, mientras su mirada se enfocaba en la pantalla de su computadora.

-Sí, Allegue, dígame -el inspector se levantó de la silla y se encaminó hacia la puerta ventana.

-Tengo novedades sobre la familia de la chica.

-¿Los pudieron localizar?

-Sí, sí -respondió Allegue con la misma firmeza con la que sostenía el tubo del teléfono fijo de la mesa de entradas de la seccional-. Bah, en realidad, hemos recibido una comunicación de la Policía de Investigaciones en Santiago de Chile alertando que

los padres se presentaron por sus propios medios ante las autoridades locales porque se enteraron de lo sucedido a través de la prensa.

-¡La puta madre! -exclamó Vila, quien justamente había querido evitar que la familia de la víctima se enterase por la vía informal, no sólo por una cuestión de tacto sino también para que la Federal no quedase mal parada ante la inquieta opinión pública.

-Me han enviado un informe por correo electrónico -prosiguió el oficial como si el insulto del inspector no se hubiese producido- ¿Quiere que se lo mande?

-Por favor.

-De inmediato, señor.

-¿Y de la otra chica que vivía con la víctima tuvimos noticias?

-No, todavía, pero... -antes de que el oficial acabara su frase, el inspector ya había cortado la comunicación.

De acuerdo al informe de los policías chilenos, sumamente completo por su extensión y nivel de detalle, Cecilia y Marcelo se habían presentado primero en la comisaría más cercana a su domicilio y luego de describir la noticia que habían oído en la radio, los *Carabineros*, que no estaban al tanto de la situación, los trasladaron hasta el centro de Santiago para que interviniera el personal de Investigaciones que, después de comunicarse con la Federal en Buenos Aires, les confirmaron que la víctima era su hija Camila, por lo que procedieron a tomar su declaración.

“Camila era una chica amada, desde antes de concebirla, porque a mí me costó mucho quedar embarazada. Fueron tres años de lucha y cuando nació fue una felicidad muy grande que tuvimos con mi marido y el resto de la familia. De segundo nombre le pusimos Teresa porque habíamos ido a ver a Santa Teresita e hicimos una *manda* para

poder embarazarme”, declaró la madre de la joven asesinada, a quien describió como una persona “adorable, regalona, inquieta, traviesa, alegre, amistosa y cariñosa”.

Según Cecilia, su hija había salido de la enseñanza media, tras lo cual, pidió “la prueba de solución” en Santiago y como logró un excelente puntaje entró a la Universidad, donde comenzó a estudiar Periodismo, “una carrera que le encantaba”.

“Mamita, esto me llena el corazón, me encanta lo que estoy haciendo”, solía decirle Camila, quien al llegar al cuarto año de la carrera se postuló para una beca que le permitió ir a estudiar por un semestre a Buenos Aires.

“El día que me contó que se había ganado la beca yo estaba cocinando y ella vino de su habitación saltando de alegría y nos abrazamos”, recordó Cecilia y agregó: “Para ella era lo mejor que le podía pasar porque iba a poder poner en su curriculum que había estudiado en la UBA, que es de las mejores universidades, y eso la iba a ayudar mucho a conseguir un buen trabajo después.”

De todos modos, en un primer momento, Marcelo no estuvo de acuerdo con dejarla ir porque le parecía peligroso, por lo que la esposa del hombre tuvo que interceder para convencerlo y ambos mantuvieron numerosas charlas con la joven para pedirle que tuviera cuidado, que nunca anduviese sola y menos de noche.

Para Cecilia y su familia, la partida de Camila en febrero de aquel año fue un momento difícil porque era la primera vez que la joven salía del país, que viajaba en avión y que iba a vivir sola; aunque una vez que llegó a Buenos Aires se instaló en un departamento junto a Agostina, una estudiante colombiana.

“Nos comunicábamos todo el tiempo por *WhatsApp*, excepto cuando ella estaba en clase. Me escribía al despertarse y también cuando se iba a dormir. Es más, no se acostaba si yo no le daba las buenas noches”, señaló la madre, quien aclaró que su hija también hablaba en forma diaria con sus amigas en Chile.

Cecilia aclaró que también fue duro para Camila, sobre todo al principio, cuando lloraba porque extrañaba mucho a la familia. Pero ya para mayo, cuando ella la llamó para el Día de la Madre, le dijo que se sentía muy bien con Agostina y sus compañeros de estudios, algunos de ellos bastante mayores que la estudiante chilena, y que todos eran gente “amable y educada”.

A su vez, Camila y la joven colombiana no convivieron siempre en el mismo sitio, sino que alquilaron dos departamentos antes de alojarse en el edificio en el que finalmente ocurrió el crimen. “Nunca se separaban y su relación era excelente”, describió Cecilia y remarcó que en abril, cuando su hija cumplió años, Agostina le organizó una fiesta sorpresa.

De acuerdo a la madre de Camila, ésta tenía previsto regresar a Chile a fines de julio y la última conversación que había mantenido con ella ocurrió la noche del domingo, poco antes de que se disputara la final entre Argentina y Chile.

“Me dijo que iba a ir a una fiesta que los compañeros de la Universidad organizaban en un bar. Entonces yo le dije que no me gustaba que saliera un domingo cuando al otro día tenía clases, a lo que ella insistió: 'Mamita estudié todo el fin de semana y hoy en el local hacen esta fiesta especial para alumnos de intercambio'”, relató Cecilia y añadió que su hija cada vez que tenía una salida nocturna le repetía “acá no pasa nada” para evitar que se preocupara.

De hecho, el día anterior se le había cortado la luz y no había podido recargar la batería de su celular, por lo que Camila fue a llamar a sus padres desde un teléfono público para que se quedaran tranquilos.

Preguntada si recordaba las últimas palabras que cruzó con ella, Cecilia señaló: “Yo justo estaba practicando en la computadora, revisando algunas cosas y ella me dijo 'Mamita, dile a Alexis que te ayude. Te amo mucho'.”

Consultada si sabía cómo se movilizaba su hija en Buenos Aires, la mujer respondió que Camila tomaba el subterráneo para ir a la Universidad y que para el resto de sus actividades utilizaba el taxi ya que lo consideraba “muy barato”.

“Ella contaba con el dinero que nosotros le enviábamos y también con el de la beca”, detalló.

Respecto de si ella sabía si su hija tenía una relación sentimental, Cecilia indicó que Camila le contó que en abril había comenzado a salir con un joven de nacionalidad turca, quien era mayor que ella y aparentemente asistía a otra universidad.

“Me contó que salían a comer, a tomar algo o a bailar, pero que no era su novio sino un *pinche*. Hasta que un día me dijo que no seguía con él porque era súper celoso y cuando ella salía con sus compañeras la llamaba todo el tiempo”, explicó.

Cecilia contó que en esa oportunidad ella le pidió que no volviera a salir con ese joven por la diferencia de edad y porque él parecía tener “otra mentalidad”, a lo que su hija le prometió que así sería.

“Camila siempre nos hacía caso. Acá, nosotros no la dejábamos salir todos los fines de semana y cuando lo hacía tenía que regresar a una determinada hora y con un señor de confianza que la iba a buscar en taxi. Sólo una vez no respetó el horario y la retamos mucho. Y ella entendió y no lo volvió a hacer”, agregó.

Según la mujer, Camila “no era mentirosa”, por lo que le tenían “mucho confianza”.

Y, por último, Cecilia afirmó que mientras aguardaban de parte de la Policía la confirmación de la identidad de la joven asesinada en Buenos Aires llamaron a Agustina pero ésta no les contestó.

Bueno, ya tenemos al primer sospechoso, evaluó el inspector Vila una vez que terminó de leer la declaración de los padres de Camila e inmediatamente después se

comunicó con su mano derecha, el subinspector Bernardelli, quien tenía su escritorio en la planta baja junto al resto de los integrantes de la División y al que le encargó que siguiera la pista del turco, una tarea complicada dada la poca información que en ese momento se tenía sobre aquel.

Pero el jefe confiaba en su subalterno ya que éste se había destacado en otros casos difíciles, como el de la adolescente asesinada por el portero de Palermo. Es más, Bernardelli había sido clave para obtener la confesión del asesino durante un extenso interrogatorio que se llevó a cabo justamente en la sede de Homicidios, cuando en ese momento las sospechas del resto de los investigadores, incluso de la Justicia, apuntaban hacia el padrastro de la víctima. Evidentemente, el subinspector tenía buen olfato, una virtud que Vila creía había desarrollado gracias a él.

“Por favor, dime que no eres tú”, escribió Agostina desde su *smartphone* al de su amiga Camila durante el trayecto hacia el departamento de ambas; sin embargo, dicho mensaje instantáneo ni siquiera llegó a ser recibido. Desesperada, la llamó nuevamente pero, tal como había ocurrido las veces anteriores, el contestador automático le indicó que el celular estaba a “apagado o fuera del área de cobertura”.

La joven colombiana ya sabía que algo grave había ocurrido por la seguidilla de mensajes y llamadas perdidas que detectó al encender su móvil luego de varias horas y advertir que todos se referían a su compañera de cuarto y ninguno había sido enviado por justamente por aquella.

Además, estaban las diferentes noticias que circulaban desde hacía rato en Internet y que no dejaban margen para la duda.

En tanto, su edificio estaba rodeado de los móviles de los distintos canales de televisión que habían copado el barrio con sus cables, cámaras y reflectores desde hacía

varias horas y se aprestaban a transmitir en vivo para los noticieros del *prime time*. “Degüellan a una estudiante chilena en la puerta de su casa” y “conmoción en el barrio”, eran las frases dramáticas más repetida entre los periodistas allí presentes. “Sospechan que el homicidio ocurrió tras una discusión que la víctima y el asesino mantuvieron horas antes en una fiesta en la que se conocieron”, indicaba la “principal hipótesis” que, según los cronistas, informaban las “fuentes de la investigación” consultadas que, en realidad, eran los encargados del área de Prensa de la PFA más preocupados por instalar la idea de que no se trataba de un hecho de inseguridad que por brindar datos precisos y concretos.

Al arribar al lugar y observar aquel escenario circense, Agustina optó por no entrar a su departamento y se dirigió directamente a la comisaría 10ma. Le hubiese venido bien darse una ducha y cambiarse de ropas, dado que estaba vestida con las mismas prendas que llevaba puestas desde la noche anterior, pero sintió que ya había perdido demasiado tiempo y se dejó impulsar por el *shock*, que la llevó a caminar prácticamente al trote entre la penumbra del atardecer.

Con la cara lavada y su larga cabellera lacia y morocha recogida, la joven colombiana entró a la seccional a un ritmo acelerado, con sus botas mojadas por el agua de lluvia acumulada en las veredas y se dirigió a la mesa de entrada de la recepción, donde la atendió el oficial Allegue.

“La estuvimos tratando de localizar todo el día”, le dijo el policía luego de que ella se presentó, tras lo cual, la condujo hasta el escritorio más cercano para tomar su declaración testimonial.

El inspector Vila seguía en su despacho, hundido en su silla y ordenando papeles a la luz de una lámpara tipo velador ubicada en una esquina de su mesa de trabajo, cuando recibió una llamada a su teléfono celular.

-Diga -atendió enseguida.

-Señor, habla el oficial Allegue -el efectivo se había dirigido hasta el sector de los vestuarios de la dependencia para hablar desde su móvil mientras la testigo permanecía junto al subcomisario luego de pedir hacer una pausa para tomar un vaso de agua y recuperar la compostura ya que la situación la estaba afectando y le costaba hablar cada vez más.

-¿Qué pasó?

-Se presentó la chica que vivía con la chilena y está prestando declaración.

-¡Bien! -el inspector exhaló un largo suspiro de alivio-. ¿Y qué ha dicho hasta ahora?

-Dijo que anoche fue con la víctima a una fiesta en un boliche de Palermo, a unas veinte cuadras del departamento y que durante la madrugada estuvieron allí junto a otros amigos de la Facultad.

-Ajá.

-Contó que la víctima esperaba encontrarse con un chico, pero que no sabe quién era ni si llegaron a encontrarse porque ella se retiró antes de la fiesta con un joven que suele invitarla a dormir a su domicilio.

-Por eso no se encontraba en el departamento cuando ocurrió el crimen ni en las horas posteriores -evaluó Vila, quien se había puesto de pie y daba vueltas por el interior de su oficina.

-Exactamente. Por eso no la podíamos localizar y, además, dice que recién se enteró de lo sucedido cuando se levantó después del mediodía y al encender el celular

vio que tenía varios llamados y mensajes de sus amigos que habían conocido la noticia a través de la prensa.

-Claro -Vila se rascó la barbilla- ¿Y dijo algo sobre algún un amante o novio de la víctima?

-Sí, sí. Mencionó a un turco del que su amiga se había distanciado porque aparentemente él la había agredido verbal y físicamente en varias ocasiones, aunque ella trataba de ocultarlo.

-Lo que, en parte, coincide con lo que declaró la madre en Chile.

-Es el sospechoso perfecto.

-Sí, pero primero tenemos que identificarlo, saber quién es, dónde vive, qué hace. Por eso ya le dije al subinspector Bernardelli que avance con esa pista.

-Señor, la amiga ya nos dio su nombre completo. Bah, el apellido no sabe cómo se escribe por la dificultad del idioma, y también nos dijo el barrio dónde vive aunque no sabe la dirección exacta.

-No importa. Ahora lo llamo a Bernardelli, que debe estar dando vueltas por el barrio, para decirle que vaya para la comisaría y le pida a esta chica la mayor cantidad de datos que recuerde del turco.

-Entiendo.

-Y no deje que la testigo se vaya sin que primero hable con el subinspector, ¿de acuerdo?

-Sí, señor.

-¡Ah! Y otra cosa –el inspector volvió a sentarse junto al escritorio-: Vayan con la chica esa y revisen bien todo el departamento a ver si aparece el celular de la víctima o algún otro elemento de interés, ¿sí?

-De acuerdo. Igual, la amiga dijo que anoche vio que la víctima llevaba el celular encima.

-Está bien. Pero agotemos todas las posibilidades. Por las dudas.

Al cortar la comunicación, el alivio inicial del inspector Vila se transformó en una satisfacción plena. Vamos a tener que hacerle una visita a este turco, se dijo al tiempo que se palmeaba su abultada barriga. Luego se miró el abdomen y se lamentó por no dedicarle más tiempo al gimnasio o a alguna otra actividad física, como el *running*, tal como lo había hecho en sus años mozos.

El día después de un homicidio como el de Camila para los periodistas suele ser aún más intenso que el día del hecho en sí. Inmersos en un microclima de misterio generado por ellos mismos a través de conceptos trillados como “los secretos del caso” o “las pistas claves”, montaron guardia desde temprano en la puerta del edificio de la víctima, de dónde no se movieron hasta que lograron obtener primero el testimonio de la madre del chico que encontró el cadáver y luego el de Agustina, quien, a diferencia de la primera, dio una versión acotada de la que había brindado a los policías, que le habían advertido que no hablara con la prensa para no obstaculizar la investigación; a pesar de lo cual, en determinados casos, las filtraciones a la prensa solían acelerar la marcha de una pesquisa compleja.

Entonces, cuando Orhan leyó en las páginas web de noticias que la víctima había tenido un novio presuntamente celoso y violento tomó la decisión de presentarse en la comisaría para ponerse a disposición de los investigadores.

Orhan tenía 30 años y era asesor en Comercio Exterior para una empresa argentina que contaba con una sucursal en *Istanbul* y hacía un lustro que residía en el

país donde, además de trabajar, realizaba un posgrado en una universidad privada, por lo que hablaba perfectamente el español.

Esto le permitía tener una intensa vida social, lo que se podía comprobar fácilmente a través de las fotografías que él mismo publicaba en las distintas redes, en las que siempre se lo veía bien acompañado y resaltando sus atributos físicos, entre los que se destacaban su pelo azabache corto y peinado con gel, y unos ojos del mismo color, al igual que su incipiente barba de pocos días que combinaba perfectamente con su piel tostada.

Orhan convivía con Gretchen, una estudiante alemana, en un PH al fondo que contaba con dos habitaciones y que alquilaban en una zona vieja pero restaurada del sur de la ciudad, en la que se había instalado definitivamente luego de haber recorrido durante varios años casi toda Sudamérica hasta conseguir un trabajo como traductor *freelance* en la Embajada de Turquía local, lo que le permitió conseguir los recursos que le faltaban para poder terminar sus estudios universitarios.

Según su “hoja de vida”, además del idioma español, hablaba muy bien inglés y portugués; y como si eso fuera poco, en sus ratos libres pintaba cuadros con paisajes de distintos tipos de cielos, desde soleados hasta tormentosos, y de cursos de agua que evocaban su querido *Boğaz*.

“*Orhan, the police is here*”, avisó la estudiante alemana a su compañero turco, quien se encontraba en su dormitorio, vistiéndose para volver a salir luego de haberse dado una ducha. Y cuando abandonó la habitación ya listo para partir se encontró en la sala de estar con Gretchen y dos hombres vestidos de civil que le mostraron sendas placas policiales: eran Vila y Bernardelli.

-Justo estaba por ir a la comisaría para ponerme a disposición y colaborar en todo lo que me sea posible -Orhan se frenó a mitad de la sala, con su campera de cuero negra en una de sus manos.

-Si no le molesta, podemos tomar su declaración aquí mismo -el inspector señaló el sillón de dos plazas ubicado contra una de las paredes laterales, delante de un espejo y enfrente de una mesa de madera con cuatro sillas que ocupaban el sector opuesto del ambiente que transmitía calidez a partir de sus pisos de *parquet*.

Orhan asintió y dejó su abrigo colgado en el respaldo de una de las sillas, mientras que el subteniente tomó su anotador y una lapicera que llevaba en uno de los bolsillos de su gabán azul marino y ajustado su figura atlética.

Instantes después, el turco se sentó en el centro del sillón con las piernas flexionadas a la altura de las rodillas, al tiempo que los dos policías se ubicaron en sendas sillas que colocaron por delante, como si lo estuviesen encerrando. Y luego de las presentaciones formales, los detectives comenzaron con las preguntas de interés para la investigación.

Mientras tanto, Gretchen permaneció de pie y con los brazos cruzados sobre su pecho, bajo la arcada que conectaba la sala de estar con la cocina, desde donde podía ver cómo su compañero no paraba de mover sus pies, como si estuviera zapateando sobre el entramado de madera de un escenario.

Y si la joven alemana se percató de esas señales de nerviosismo de Orhan, los policías ya habían asumido aquello como un claro indicio para fundamentar sus sospechas hacia él.

-Primero me gustaría aclarar que no es cierto lo que están diciendo en los medios: yo no era el novio Camilia y jamás la amenacé o agredí.

-Continúe -Vila lo escuchaba apoyado sobre el respaldo de su asiento, con las piernas cruzadas y ambas manos sobre sus muslos.

-¿Qué quieren saber exactamente?

-Podría decirnos como la conoció -indicó el inspector.

-Ok -Orhan hizo una pausa y tosió-. La conocí en abril, en un evento de salsa que se hizo en Palermo y promocionaban por Facebook. Yo iba a ir con mi compañera de cuarto pero justo ella salía con su novio, así que estaba sin pareja. Entonces vi que Camila se anotó para ir, vi su foto, me pareció linda y la invité para que fuéramos juntos. Ella aceptó y así empezamos a *chatear*.

-¿Recuerda la fecha aproximada de cuándo ocurrió este evento? -intervino Bernardelli sin levantar la vista de su anotador.

-No recuerdo el día exacto pero sé que fue a comienzos de mes. En esa época, Camila vivía a pocas cuadras de aquí. Así que nos reunimos en el bar de la esquina y en vez de ir al evento de salsa, que había que pagar para asistir, nos quedamos tomando algo y después pasamos la noche juntos en mi departamento.

-¿Se veían seguido? -Vila observaba atentamente el lenguaje corporal de Orhan, quien a medida que se explayaba parecía aflojar la tensión de sus músculos y cobrar cierta tranquilidad.

-No habremos visto seis o siete veces. Siempre acá. Así que nunca conocí dónde vivía, ni a sus amigos o familiares. Como dije antes: no era una relación de noviazgo.

-¿Y cuándo dejaron de verse?

-Hace unas tres semanas, aproximadamente. Ella ya se había mudado y yo le mandé un mensaje de texto para salir, a lo que me dijo que tenía un novio en Chile -el turco colocó sus manos en los bolsillos de su pantalón y alzó la vista, como si las

respuestas que buscaba estuviesen escritas en el cielo raso-. No sé si era verdad, pero yo no quería estar en el medio, por lo que no volví a insistir.

Si mira para abajo es porque está mintiendo y si mira para arriba está pensando qué decir, evaluó Vila, quien continuó con sus preguntas.

-¿Desde entonces no se volvieron a ver ni a hablar?

-Exacto. Hasta nos borramos de los contactos del Facebook.

-Ajá –el inspector se puso de pie y dio unos pasos hacia el muro junto a la puerta que conducía a una de las habitaciones y del que colgaba un cuadro que le llamó la atención, no porque tuviese algo que ver con el caso sino porque simplemente le gustaba. Tal vez, esa obra tenía un estilo similar a las de su esposa, quien también pintaba- ¿Y cómo se enteró de lo que le había ocurrido?

-Ayer, lunes, estaba en la oficina y me llamó un amigo por teléfono y me avisó. Quedé en shock -se lamentó Orhan, al borde del llanto.

Al verlo afectado, el inspector le dio unos segundos para recobrar el aliento, mientras él se volvió a sentar en la silla, la cual arrimó ligeramente hacia el sillón para quedar aún más cerca del turco.

-Volvamos el tiempo un poco hacia atrás -Vila extendió su brazo y le ofreció un pañuelo descartable a Orhan, quien después de utilizarlo para sonarse la nariz lo hizo un bollo y lo apretó con el puño bien cerrado.

-¿Hasta cuándo? -el turco se echó hacia atrás y su voz recobró claridad.

-Domingo a la noche y lunes a la madrugada, por ejemplo.

-El domingo a la noche me acosté temprano porque el lunes a primera hora tenía una presentación muy importante en el trabajo.

-¿Durmió solo? ¿Lo hizo aquí?

-Sí, sí, solo y en mi habitación -Orhan señaló la puerta junto al cuadro que había llamado la atención del inspector.

-¿Y a qué hora salió de acá hacia su trabajo?

-Alrededor de las seis.

-¡Qué temprano! -Vila lo miró alzando el entrecejo.

-La oficina está en Pilar y llegar hasta allá me lleva casi dos horas entre subte, tren y colectivo.

-Claro.

-Por eso, sólo voy a la oficina en ocasiones especiales. El resto de las veces trabajo desde aquí.

-Entiendo -el inspector asintió con la cabeza y luego giró hacia la arcada que daba a la cocina- ¿Su compañera puede confirmar que usted estuvo acá entre la noche del domingo y la mañana del lunes?

-Gretchen habla mejor en inglés que en español -aclaró Orhan antes de que la joven alemana pronunciara palabra alguna.

-Pero, ¿entiende lo que estoy diciendo? -el inspector se dirigió directamente hacia ella.

-Sí -respondió la chica. Ahora era ella la que temblaba.

-Lo que sucede es que esa noche no nos cruzamos -intervino el turco-. Cuando ella llegó yo ya estaba acostado en mi habitación con la puerta cerrada y cuando yo me levanté ella dormía en la suya, también con la puerta cerrada.

-¿Es así, Gretchen? -preguntó Vila- ¿Dije bien su nombre?

-Sí, sí -afirmó la joven alemana más tranquila.

-Bien -el inspector se puso de pie.

-¿Algo más? -Orhan no podía parar de sudar y quería que el cuestionario terminase cuanto antes.

Por su parte, Bernardelli ni se inmutó y siguió escribiendo frenéticamente en su anotador.

-Sí -Vila caminó de espaldas al turco hasta la mesa, de la que recogió una revista de turismo que estaba que estaba apoyada al lado de una *laptop*- ¿Esta computadora es suya?

-En realidad es de la empresa y me la dieron para el *home office*.

-¿El *home* qué?

-Para trabajar en forma remota. Desde casa.

-Ah -Vila sonrió incómodo-. Nos resultaría muy útil poder llevarnos la computadora para analizarla. Lo mismo que su teléfono celular.

-El celular también pertenece a la empresa y no sé si estoy autorizado a entregárselo, al igual que la *laptop* -Orhan se levantó del sillón y extrajo una tarjeta del bolsillo de su buzo con capucha y se la entregó al inspector-. Si en ellos aceptan, yo no tengo ningún problema.

Este pibe tenía todo preparado. Sabe que acá no hay cámaras ni vecinos para chequear los horarios de su coartada, se dijo Vila mientras leía los datos de la empresa en la *business card* que le acababan de entregar.

-De acuerdo -el inspector guardó la tarjeta y le dio la mano a Orhan.

-¿Listo, entonces?

-Por ahora, sí.

Apenas oyó a su jefe, Bernardelli, se levantó de su silla.

-Ahora el subinspector va a redactar el acta con su declaración y usted tendrá que pasar por la Brigada para ratificar o rectificar sus dichos y firmarla. Después se eleva al juzgado y ellos decidirán si faltó algo.

-Ok ¿y cómo hacemos?

-Nosotros lo vamos a llamar para avisarle cuando puede pasar a firmar. Quédese tranquilo –indicó Vila encaminándose hacia la puerta, seguido por el subinspector.

Pero Orhan no podía quedarse calmado porque el hecho de que los policías no le hayan pedido su número de teléfono celular indicaba que ellos ya sabían perfectamente cuál era.

De hecho, los peritos de la División Delitos Tecnológicos de la Superintendencia de Investigaciones Federales ya habían comenzado a analizar los llamados y mensajes de la línea telefónica de la víctima a pesar de que el aparato con el *chip* no se había podido localizar aun y lo mismo se podía hacer con la línea de Orhan, al igual que con los perfiles tanto de Camila como del turco en las distintas redes sociales.

Claro que si los expertos hubieran podido contar físicamente con los aparatos, el proceso de análisis habría sido bastante más rápido. De todos modos, los investigadores confiaban en que las compañías de Internet y telefonía móvil no iban a demorarse demasiado en brindar informes sobre estos usuarios si se interponía una orden judicial.

Al llegar a la Brigada, Bernardelli fue directo a su escritorio de la planta baja a redactar el acta con la declaración de Orhan, mientras que Vila se dirigió a su oficina del primer piso para llamar al juzgado y solicitar la orden para investigar las comunicaciones del turco, quien, a su criterio, estaba mintiendo y eso, más los dichos de la madre de Camila y de la joven colombiana, lo convertía en el principal sospechoso. Pero todavía no podía probar que aquel estaba faltando a la verdad.

El inspector tenía su celular en la mano y buscaba en la lista de sus contactos el número del juzgado cuando el aparato comenzó a vibrar. Es que le había quitado el sonido durante el interrogatorio al turco y olvidó volver a subirle el volumen.

-Doctora, ¿cómo le va después de tanto tiempo? –ironizó Vila apenas reconoció la voz de Rawson.

-Te noto contento por demás, ¿qué pasó?, ¿ya metiste preso al primer perejil que se te cruzó? -bromeó la médico legista redoblando la apuesta.

-¡Jajá! Sos mala, eh.

-Sólo con los malos policías, je.

-Bueno, tampoco para tanto, che.

-Te estoy jodiendo.

-Lo sé.

-Ahora, fuera de broma... -Rawson adoptó un tono serio- Hablé con los médicos forenses de la Morgue Judicial y te puedo adelantar algunas novedades antes de que queden apiladas en una montaña de papeles en el juzgado.

-Soy todo oídos -Vila se sentó en el borde del escritorio con una pierna apoyada en el suelo cubierto de una alfombra gastada y la otra en el aire.

-Primero: te envié por *mail* una copia del informe preliminar de la autopsia -la mujer debió elevar el volumen de su voz ya que estaba en la calle y el sonido del tránsito no le permitía escuchar bien.

-Muy bien, gracias. Pero, ¿dónde estás ahora? Escucho mucho ruido.

-Recién me bajé del subte y estoy llegando a mi casa.

-Ah, ok.

-Segundo: los estudios complementarios los van a hacer en la Asesoría Pericial de la Corte Suprema y estiman que entre las muestras de sangre halladas en la escena del crimen puede estar el ADN del asesino.

-¡Excelente!

-Sí, pero me aclararon que algunas de las muestras estaban bastante diluidas por el agua de lluvia. Y como la pared estaba revestida por cerámicos esmaltados, el rastro se fue deslizando.

-Y sí, me lo imaginaba -el entusiasmo inicial del inspector disminuyó considerablemente- ¿Y tercero?

-No hay tercero. Eso es todo -respondió Rawson, tajante, justo cuando se detuvo frente a la puerta de su edificio, ubicado en un exclusivo barrio del norte de la ciudad, donde predominaban los parques y los locales gastronómicos.

-Ok, mejor dos que nada. Gracias, doctora.

-Un placer, como siempre -se despidió la mujer y luego guardó su celular en la cartera, de donde sacó la llave para ingresar a su domicilio.

Inmediatamente después de cortar la comunicación, Vila encendió su computadora y buscó el correo electrónico que le había enviado Rawson. Y según el informe de los médicos forenses, Camila había sufrido un total de 11 heridas de arma blanca:

1) En mejilla derecha se detectó una lesión cortante con sus dos extremos agudos, oblicua al eje, de 3,8 cm. de longitud y que en profundidad llegaba a los músculos regionales y hueso malar.

2) En cara anteroexterna izquierda y tercio superior del cuello, a 2 cm. de la línea media, había una lesión punzocortante, transversal al eje, de 1,7 cm. de longitud, con su ángulo más agudo hacia adentro, que lesionaba el paquete vascular izquierdo del

cuello, impactando en la columna cervical a la altura de la 4ta. vértebra, teniendo una profundidad estimada entre 2 cm. y 2,5 cm. y una trayectoria de izquierda hacia la derecha, ligeramente de arriba hacia abajo y de adelante hacia atrás.

3) Por debajo del ángulo del maxilar izquierdo existía una lesión punzocortante en forma de “L”, con un brazo superior de 1,2 cm. de largo y un brazo inferior 1,7 cm; todos sus extremos agudos, lesionando planos musculares hasta llegar al mastoides con una profundidad estimada de 4,5 cm. a 5 cm. y una trayectoria de adelante hacia atrás, de abajo hacia arriba y de izquierda a derecha.

4) En la región sub-clavia derecha, en su tercio medio, había una lesión punzo-cortante de 2,3 cm. de longitud, vertical al eje, superficial, con compromiso de piel y del tejido celular subcutáneo, con su ángulo más agudo hacia abajo.

5) En cara externa y tercio proximal del brazo derecho se detectaron dos lesiones punzo cortantes, parcialmente superpuestas, verticales al eje, de 3,6 cm. de longitud con su ángulo más agudo hacia abajo, con compromiso de piel y del tejido celular subcutáneo.

6) En cuadrante supero-interno de la mama izquierda había una lesión punzo-cortante, oblicua al eje, de 2,7 cm. de longitud, con su ángulo más agudo hacia arriba y adentro, con compromiso de piel, tejido celular subcutáneo y de la glándula mamaria, teniendo una profundidad estimada entre los 4,5 cm. y 5 cm., con una trayectoria de arriba hacia abajo, de derecha hacia la izquierda y de adelante hacia atrás.

7) En cara anterior del hemitorax izquierdo, a 2 cm. de la línea media esternal y sobre la línea intermamilar, había una lesión punzo-cortante, oblicua al eje, con su extremo más agudo hacia arriba, de 1,6 cm. de longitud, superficial, lesionando piel y tejido celular subcutáneo.

8) En línea medio-esternal izquierda, a 2 cm. por encima del apéndice xifoides, existía una lesión punzo-cortante de 1,9 cm. de longitud, con su extremo más agudo hacia arriba, lesionando piel, tejido celular subcutáneo y el cartílago condro-costal; no ingresando al tórax, donde se observaba en su cara interna un infiltrado hemático violáceo.

9) Por detrás del borde radial, tercio distal del antebrazo izquierdo, había una lesión cortante, transversal al eje, de 2,5 cm. de longitud con sus dos extremos agudos, lesionando en profundidad piel y tejido celular subcutáneo.

10) En 4to. dedo de la mano izquierda, sobre la cara dorsal de la 2da. articulación interfalángica, había una lesión cortante superficial de 0,4 cm.

11) Sobre la línea media abdominal, 11 cm. por encima del ombligo, se detectó una lesión cortante, superficial de 0,4 cm. de longitud.

“Cuánta saña”, dijo por lo bajo el inspector y, con los ojos iluminados por el brillo de la pantalla del monitor, añadió: “La doctora tiene razón: el asesino es un trastornado.”

VII

“Vos preferís vivir con tus tíos porque no están nunca en la casa y nadie te controla, ¿no?”, sugirió Luciano, quien se encontraba sentado en el sillón de la sala de estar, impaciente ya que había tenido que pausar la película que estaban mirando en el televisor para que su amiga Laura fuese hasta la cocina a sacar la pava del fuego antes de que hirviera el agua ya que iban a tomar mate, no té. Pero esta vez no había simples bizcochitos de grasa como el domingo anterior para ver la final de la Copa, sino media docena de facturas que había llevado el visitante para compartir durante ese tibio atardecer de sábado en el que una tímida claridad natural se filtraba entre las cortinas que adornaban el ventanal que daba a la calle.

“Y a vos te gusta venir a pasar tus ratos libres acá por la misma razón, así que...”, retrucó la joven regresando desde la cocina con la pava y el mate en las manos, tras lo cual se sentó al lado de su amigo, quien llevaba un vendaje en su mano derecha a raíz de unos cortes que había sufrido durante la semana.

-¿Te duele? -Laura vio que Luciano se frotaba la mano lesionada con la otra sana.

-No, me pica.

-Bueno, mejor. Quiere decir que ya está cicatrizando la herida -la joven tomó el control remoto de la mesita ratona ubicada frente al sillón y se lo pasó a él-. La verdad que la sacaste barata.

-Fue un asalto como cualquier otro.

-Cuando a mí me asaltaron no hubo ningún arma y yo no me animé a hacer nada- Laura cebó el primer mate pero no lo tomó enseguida-. Creo que jamás podría resistirme. Soy muy miedosa.

-Tampoco es que me enfrenté a una banda -Luciano miró a su amiga, quien chupaba con fuerza de la bombilla-. Era un pibe solo y más o menos de mi tamaño y edad.

-Sí, algo me dijo Yani.

Cómo hablan las mujeres, pensó él, disgustado, mientras su amiga le pasaba el mate.

-Lo mejor de todo -retomó Laura- es que la ART te dio varios días de licencia y no tenés que ir a trabajar.

-Tal cual.

-Poné la peli, si querés.

Luciano levantó el control remoto y lo apuntó hacia el televisor, pero antes de quitar la pausa se volvió hacia ella, quien acababa de revisar su *smartphone* y se veía desanimada.

-¿Qué pasó?

-No, nada.

-Dale, decime -Luciano la codeó levemente a la altura de las costillas.

-En el grupo de la Facu están subiendo mensajes sobre el caso de la estudiante chilena que mataron el otro día.

-Sí, ¿y?

-Pasa que la chica estuvo en la misma fiesta a la que fui yo el finde pasado, ¿te acordás que te invité?

-Claro que me acuerdo -él apoyó su mano sana sobre el hombro de Laura, quien seguía mirando la pantalla de su celular-. Pero no entiendo cuál es el problema.

-Ninguno, en realidad -la joven hizo el celular a un lado y cebó otro mate-. Pero en las noticias dicen que el asesino podría ser alguien que ella conoció en el boliche y no puedo dejar de pensar que capaz que estuve al lado de ese tipo sin saberlo.

-¿Vos la conocías a esa chica?

-No, recién ahora me entero que iba a la misma Facultad que yo, pero ella cursaba otra carrera.

-Ajá.

-Igual, no importa si la conocía o no, porque todo lo que le pasó me puso re mal.

-Si te hace tan mal, no le des bolilla a los noticieros.

-Sí, ya sé que los periodistas dicen cualquier cosa.

-Por eso, no hay que creerles. Es todo mentira.

-Tampoco para tanto -se sorprendió Laura ya que la voz de su amigo había cobrado una rigurosidad poco habitual-. Algo cierto debe haber.

-Yo no les creo nada. Nunca -sentenció él y luego quitó la pausa para reanudar la película, la cual narraba la última aventura de los superhéroes de las clásicas historietas ahora interpretados por reconocidos actores de *Hollywood*. Aunque tanto a Luciano como a la Laura les resultaba casi lo mismo que el protagonista fuese el *Capitán América*, *Iron Man*, *Thor* o *Hulk*.

“Salvo *Batman*, son todos parecidos”, explicaba él. “Puede ser. Pero son entretenidos igual”, opinaba ella, quien últimamente se lamentaba por no tener el dinero suficiente para pagar una entrada de cine y ver ese tipo de películas de la forma en que mejor se podían disfrutar, más allá de que al tope de sus preferencias se encontraban las series españolas porque las podía ver en *streaming* apenas se estrenaban y no necesitaba forzar la vista leyendo subtítulos con letras pequeñas. “Gracias Internet”, escribía Laura en las redes sociales cada vez que encontraba algo nuevo para mirar.

¡Toc!, ¡toc!, ¡toc!; retumbó la madera de la puerta de entrada del PH de Orhan el domingo por la mañana. El joven turco se había levantado de la cama momentos antes, tras recibir la mala noticia por el portero eléctrico, por lo que procuró no demorarse en ir a abrir.

Cuando el turco entreabrió la puerta vestido con una musculosa y un *short* que dejaban al descubierto más de una decena de tatuajes, muchos diminutos y ubicados en partes del cuerpo poco visibles, inmediatamente reconoció a Bernardelli, quien esta vez no estaba acompañado del inspector Vila sino de varias personas, en su mayoría uniformadas, que ocupaban gran parte del pasillo que bordeaba lateralmente la propiedad delantera y desembocaba en la puerta de calle.

-Buenos días -saludó el subinspector manteniendo sus manos detrás de su espalda.

-Buen día. ¿En qué lo puedo ayudar? -preguntó Orhan, molesto-. Ya pasé el otro por la Brigada a firmar mi declaración.

-Este señor -Bernardelli señaló al hombre vestido de civil parado a su derecha- es un oficial de justicia que trae una orden de detención sobre su persona y de allanamiento a su domicilio.

El turco empalideció y automáticamente abrió la puerta de par en par, tras lo cual se fue a desmoronar en el sillón de comedor, mientras que el oficial de justicia se le acercó para leerle el contenido de la orden impresa en una hoja oficio con membrete y sellada, y al finalizar le recomendó que permaneciera en silencio.

-Vamos a incautar su teléfono celular, su computadora portátil, prendas de vestir y cualquier otro elemento de interés para la causa -indicó el subinspector, al tiempo que

los efectivos y peritos seguían entrando al departamento-. ¿Hay alguien más en el domicilio?

-Gretchen no está, pero en mi habitación hay una joven brasileña que conocí anoche y que se quedó a dormir aquí, conmigo.

-Bueno, si no quiere que salga de testigo del procedimiento, le sugiero que vaya a decirle que se retire, por favor.

Entonces Orhan se dirigió al dormitorio escoltado por un efectivo policial que permaneció junto a la puerta entornada del mismo y minutos después la chica brasileña se retiró con cara de susto.

Parece que al turco le gustan las extranjeras. Lástima que la *brasuca* no creo que le vuelva a dar bola después de esto, se dijo el subinspector en broma al ver pasar por al lado suyo a la bella joven, quien jamás se hubiera imaginado que terminaría en la cama con un sospechoso de asesinato cuando el sábado salió a tomar algo con amigas a un bar de la zona al que habitualmente concurrían turistas y estudiantes universitarios provenientes de otros países.

Por su parte, el turco se cambió de ropas y regresó a la sala de estar vistiendo una remera, un buzo con capucha, un *jean* y un par de zapatillas, y así presencié cómo se desarrollaba el allanamiento a su domicilio.

Y antes de que el operativo concluyera, Orhan fue retirado del lugar esposado, aunque afortunadamente para él, en ese momento logró evitar la vergüenza de ser visto por sus vecinos del PH delantero que, si bien estuvieron tentados de salir al pasillo a ver qué pasaba ante tanto movimiento de policías y peritos, prefirieron quedarse puertas adentro, directamente al margen. Es más, los efectivos consiguieron como únicos testigos del operativo a dos transeúntes trasnochados que pasaban por la vereda.

-Yo tendría que haber viajado estos días a Estambul por trabajo y no lo hice para colaborar con la investigación ¿Ustedes creen que si fuera culpable me habría quedado acá? -preguntó el turco a Bernardelli una vez que lo subieron al patrullero estacionado frente a la puerta de calle, donde sí habían comenzado a reunirse los curiosos del barrio, atraídos por la presencia de los móviles policiales.

-Yo, en tu lugar, cerraría la boca y esperaría a un abogado –sugirió el subinspector, ubicado en el asiento del acompañante del patrullero que se dirigió luego hasta la alcaidía de los Tribunales donde Orhan sería indagado el lunes a primera hora por el juez de la causa.

“Lo tenemos”, escribió Bernardelli por mensajería instantánea al celular de Vila, quien esperaba novedades del procedimiento desde la comodidad de su hogar.

“Muy bien”, respondió el inspector. *“Andá a descansar”*, agregó.

“Gracias, jefe. Me voy a hacer un asadito en casa para festejar”, continuó el subinspector.

Pero Vila no quería cantar victoria aún porque más allá de los elementos reunidos contra Orhan todavía faltaba conocer los resultados de la prueba científica, la cual era determinante en este tipo de investigaciones.

Por ello, antes de cortar el diálogo le encomendó al subinspector: *“Esta semana hay que insistir a los peritos por el tema de las imágenes de las cámaras.”*

“Sí, señor. No me olvido”, concluyó Bernardelli, satisfecho por haber sugerido concretar la detención a esa hora y día de la semana en la que la prensa solía tener la guardia baja, por lo que esta vez no hubo invasión de movileros que entorpecieran su trabajo.

Durante su indagatoria del lunes ante el juez de la causa, Felipe Semedo, el turco repitió la misma historia que había brindado a los policías cuando lo fueron a entrevistar la primera vez. Orhan podría haberse negado a declarar, tal como se lo recomendó su abogado particular Juan Ignacio Céspedes, ya que como acusado tenía el derecho constitucional de hacerlo, no como ocurría en una testimonial en la que, además, el declarante estaba obligado por Ley a decir la verdad. Y como para reafirmar que él no tenía nada que ocultar aceptó voluntariamente someterse a una extracción de sangre para que la cotejaran con las muestras levantadas en la escena del crimen.

Sin embargo, para Roxana Ledesma, la abogada del particular damnificado que había sido designado por los padres de la víctima en su fugaz viaje a Buenos Aires para repatriar los restos de su hija y reunirse personalmente con el juez Semedo y la fiscal Paola Asad, el sospechoso mentía. “Camila se alejó de él por miedo. En una ocasión, ella llegó a ver desde la ventana de su departamento como él estaba parado en la vereda de enfrente y la observaba, como un acosador”, afirmó la letrada en declaraciones exclusivas a uno de los principales matutinos argentinos.

“¡Basta!”, “siento que me estás acosando” y “lo nuestro terminó”, fueron algunas de las palabras que escribió Camila en los mensajes enviados a Orhan la misma madrugada del crimen, según había revelado el informe de los peritos de Delitos Tecnológicos que, sumado a una gran cantidad de llamadas perdidas provenientes de la línea del turco, comprobaba que éste había mentado al menos en lo concerniente a que no había tenido más contacto con la víctima desde que ésta lo rechazó y le dijo que tenía un novio en Chile.

Luego de la indagatoria, Orhan fue alojado en el Pabellón de Extranjeros de la cárcel federal Ezeiza, de máxima seguridad; en un calabozo mugriento, repleto de cucarachas y en el que pasó más frío que durante su última visita a la capital de su país, en febrero de 2015, cuando se produjeron las nevadas más severas en los últimos 30 años en esa región. Durante los primeros días de su encierro, comió poco y nada y llegó a perder cinco kilos; mientras que su madre, de 60 años y residente en Estambul, al no tener noticias de su hijo por 72 horas inició una búsqueda por *Google* y al enterarse que había sido detenido se desmayó y golpeó la cabeza, por lo que debieron hospitalizarla.

La sede de Delitos Tecnológicos se ubicada en uno de los barrios más distinguidos (y de mayor nivel socio económico) del norte de la Capital Federal, junto al Cuerpo de la Policía Montada y frente a un moderno centro comercial que ocupaba una manzana completa y contaba con un complejo de salas de cines, un enorme patio de comidas y cientos de locales distribuidos por varios pisos y que ofrecían productos de las principales marcas, entre otros servicios.

Al subinspector Bernardelli le encantaba esa zona de la ciudad no sólo por el lujo de las edificaciones y la gran cantidad de floridos parques, sino también porque cuando la comparaba con el barrio en el que él residía en el oeste del conurbano (habitaba una humilde vivienda solo junto a su madre, quien habían enviudado cuando él era un niño) le parecía una porción de Primer Mundo, aunque jamás había estado allí, excepto en sus sueños.

Por ello, su encuentro con los peritos no le ocasionó ninguna molestia, sino que se lo tomó como un paseo dominguero a mitad de semana. Más aun cuando se retiró con novedades que iban a complacer a su jefe, quien lo esperaba en Homicidios, distante unos ocho kilómetros, los que, teniendo en cuenta el intenso tránsito del centro porteño,

se recorrían en poco más de veinte minutos en auto. Siempre y cuando no hubiese alguna movilización, marcha, protesta o “piquete” que obstaculizara aún más la movilidad vehicular.

-Traigo un CD con una copia de las imágenes que recopilamos hasta el momento -el subinspector le dio la buena noticia a Vila apenas cruzó la puerta de la oficina de aquel, quien se encontraba sentado detrás de su escritorio.

-Tranquilo, Bernardelli -el inspector movió ambas manos con las palmas hacia abajo y los dedos estirados-. Primero lo primero: ¿qué te dijeron los peritos?

-Me dijeron que están realizando un exhaustivo análisis de las imágenes de las cámaras de seguridad de la escena del crimen y sus alrededores -el subinspector colocó una silla enfrente del escritorio y se sentó de cara a su jefe- y que hasta el momento lograron reconstruir gran parte de los últimos movimientos de la víctima.

-Ok ¿Y pudieron observar la presencia de algún sospechoso?

-Con seguridad, ninguno -Bernardelli bajó la vista por unos instantes buscando la respuesta más adecuada-. Me explicaron que están revisando decenas de cámaras, haciendo una reconstrucción hacia atrás en el tiempo y en distintas direcciones. Y que eso puede tardar.

-Ya me lo imaginaba -el inspector negó con la cabeza-. Con el cotejo del perfil genético del turco con la sangre hallada en la pared y la vereda pasa lo mismo. También se va a demorar porque en la Asesoría Pericial están con mucho trabajo y hay una larga lista de espera.

-¿Pero no tenemos prioridad?

-Evidentemente hay otros casos también de carácter urgente.

-Bueno, recién pasaron unos días.

-Tal cual. Hay que esperar.

-Mientras tanto le dejo el CD -Bernardelli se levantó de la silla y apoyó el disco compacto justo delante de las manos del inspector, que estaban cruzadas sobre el escritorio.

-Ahora lo veo, gracias -Vila recogió el CD, colocado prolijamente dentro de un sobre, lo retiró del mismo y lo introdujo en su computadora- ¿Algo más?

-Ah, sí -el subinspector, que ya se había apartado de su asiento y se dirigía a la puerta, se volvió hacia su jefe-. Anoche me llamó la amiga colombiana de la víctima para avisarme que a través de unos compañeros de estudios había conseguido los datos del chico con el que la chilena supuestamente se iba a encontrar en la fiesta.

-Ajá -Vila apartó la vista del monitor, intrigado.

-Ya lo tenemos identificado, señor.

-¿Y está ubicable?

-Sí, sí.

-Entonces vaya a entrevistarlo, hombre -el inspector estiró su brazo derecho y señaló la puerta.

-¿Lo interrogo como testigo o como sospechoso?

-Mire, Bernardelli: ambos sabemos que el turco tiene todos los números de esta rifa pero con la tremenda presión que estamos teniendo para esclarecer el caso cuanto antes no podemos descartar ninguna hipótesis.

-Entiendo: voy a tratar de sacarle la mayor información posible.

-Exacto -asintió Vila, quien segundos después se quedó solo en su oficina, mirando las imágenes del CD.

Según los peritos en Delitos Tecnológicos, los últimos pasos de Camila habían sido los siguientes: a las 5.51 quedó grabada por una cámara de la empresa

concesionaria del servicio de subterráneos cuando descendió de una formación de la Línea “A” en la estación ubicada a unos 300 metros de su domicilio, lo que al inspector Vila le llamó la atención ya que la madre de la joven había declarado que su hija solía viajar en taxi. Como estaba cerca de su departamento, tal vez pensó en ahorrarse unos pesos. O capaz que a esa hora no pudo conseguir ningún taxi y quiso ganar tiempo, evaluó el detective mientras observaba las imágenes en la pantalla de su computadora. “También podría ser que la chica le mentía a su madre para que se quedara tranquila”, se cuestionó en voz alta, como si de esa manera dicha hipótesis cobrara mayor fuerza.

Lo que tampoco tenía demasiado sentido para Vila era que Camila había tomado el subte de una línea que pasaba bastante lejos del boliche en el que se desarrollaba la fiesta a la que ella había concurrido. Era más fácil caminar desde ese local hasta el departamento que hasta la estación más cercana, se dijo llegando a la conclusión de que la víctima se había dirigido a otro sitio antes de emprender el regreso a su domicilio.

Habría que chequear con la amiga a qué hora se fue de la fiesta, pensó el inspector antes de regresar al video, en el que a las 5.52 una cámara de un banco privado ubicado al 3900 de avenida Rivadavia, en la que se situaba la terminal de subtes, registró cuando la joven comenzó a caminar por la vereda y al llegar a la esquina, a la altura del 4000, su paso quedó filmado por la cámara de una panadería.

A las 5.55, a Camila se la vio pasar por el frente de un edificio al 4100 y doblar a la izquierda por la calle lateral, donde también fue filmada por la cámara de otro banco privado situado a metros de la ochava.

Desde allí, la joven salió del área de filmación, pero resultaba sencillo reconstruir cómo llegó hasta su edificio ya que se encontraba a tan sólo 100 metros de distancia: 80 hasta la calle del inmueble, en la que dobló a su derecha, y 20 más por esa arteria; lo que no pudo haberle tomado más que un minuto.

De esa manera quedaba prácticamente confirmado que el crimen había sido cometido entre las 5.56 y las 6, cuando la vecina del edificio escuchó el grito.

Disconforme, el inspector Vila revió el video una y otra vez prestando atención en cada detalle en busca de alguna pista y así observó que en el fondo del cuadro tomado por la cámara del primer banco había un hombre que caminaba de manera sospechosa por la vereda de enfrente a la que recorría la víctima y en el mismo sentido que ésta.

No era una imagen extremadamente clara pero sí lo suficiente para saber que se trataba de una persona joven, de mediana estatura, vestida con ropas oscuras, con un abrigo con capucha o una gorra y una mochila negra, que se desplazaba casi media cuadra por detrás de la posición de Camila.

Mientras que en las imágenes de la panadería y del edificio Vila alcanzó a ver al mismo hombre acelerando el paso, siempre de la vereda de enfrente y con unos 30 segundos de diferencia con la estudiante chilena.

Hasta ahí podía parecer una casualidad ya que en la calle, en especial, cerca de la avenida, había otros transeúntes; pero las sospechas del inspector se robustecieron cuando en las imágenes del segundo banco observó con mayor claridad cómo este hombre (que definitivamente llevaba puesta una gorra de lana negra) dobló en la misma calle que Camila tan sólo 15 segundos después que ella. Y, además, en esa cuadra pudo ver con limpidez cómo el joven cruzó por delante de un colectivo que se detuvo en el semáforo en rojo y finalmente salió del área de filmación al igual que la víctima.

“Este tiene que ser el asesino”, afirmó Vila al terminar, nuevamente, de ver toda la secuencia completa, tras lo cual llamó a Bernardelli y le ordenó que volviera a ir a ver a los peritos y les pidiese que buscaran al hombre del video en las otras cámaras que

estaban analizando, tanto antes como después del lapso en el que se captaron los movimientos de la víctima.

De todos modos, el detective era consciente que si el resto de las imágenes mostraban más o menos lo mismo, sólo servirían para obtener ciertas características de la fisonomía y la vestimenta del asesino ya que de ninguna manera no se podía describir su rostro ni algún otro rasgo preciso de su identidad.

El subinspector Bernardelli estacionó el auto junto al cordón de la mano derecha de la angosta calle, justo debajo de un árbol raquíto y al lado de un contenedor de basura municipal. Desde allí, caminó unos veinte metros hasta la entrada principal de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, en la que Amadeo cursaba la carrera de Ciencias de la Comunicación, al igual que lo había hecho Camila.

Dicha casa de estudios se ubicaba en el sur de la Capital, a unas 15 cuadras del departamento del compañero de la víctima, adónde el detective había concurrido inicialmente y descubierto, a partir de los dichos del encargado del edificio, que Amadeo no se encontraba allí ya que habitualmente regresaba de cursar después del mediodía.

Desde la vereda, Bernardelli observó que a esta sede universitaria se accedía por unas escalinatas que conducían a un patio de baldosas de cemento, cuyo frente estaba protegido por unos portones con mallas de hierro negro de las que colgaban numerosas banderas y afiches de distintas organizaciones estudiantiles que obstaculizaban la visión hacia el interior. Y al subir un par de escalones, el subinspector advirtió que en el centro del patio había una serie de mesas y bancos de hormigón, mientras que en las paredes laterales lucían murales multicolores con consignas políticas e históricas. En tanto, los ventanales de las aulas del edificio de cuatro pisos y color crema daban hacia ese sector.

En vez de ingresar al hall de la planta baja por las puertas laterales, Bernardelli permaneció en el patio, esperando a que saliera el joven, respecto de quien tenía en la pantalla de su celular una fotografía reciente descargada de su perfil de Facebook para poder reconocerlo cuando pasare por delante suyo.

Lo cierto es que si el subinspector hubiese estado convencido de que Amadeo era un real sospechoso lo habría ido a buscar directamente al aula, para ver cómo reaccionaba delante de sus compañeros ante la presencia de la Policía.

Amadeo era oriundo del extremo sur del país, a orillas del fin del Mundo, y alquilaba un departamento cerca de la Línea A de subtes con el dinero que le entregaba su padre, un empresario fanático del club River Plate. Y gracias al buen pasar económico de su papá, el joven no necesitaba trabajar, por lo que dedicaba su tiempo a asistir a la Facultad, a la que habitualmente se dirigía a pie, no sólo por la cercanía sino también porque estaba acostumbrado a los hábitos de su ciudad natal, en la que caminaba a todos lados dado que tenía una extensión de 12 kilómetros cuadrados, mientras que la de Capital era de 200.

De hecho, el joven acostumbraba a realizar el mismo recorrido, el cual lo llevaba a pasar por la esquina del Departamento Central de la PFA, por lo que podría decirse que era vecino de los efectivos que participaban de la investigación.

-¿No le gusta viajar en el transporte público? -Bernardelli estaba sentado en uno de los bancos y Amadeo enfrente de él, al otro lado de una mesa que tenía pintado un tablero de ajedrez-. Digo, tiene el subte muy cerca y por la esquina pasan no sé cuántas líneas de colectivos...

-Es que me mudé a Capital recién este año y todavía tengo algunos problemas para ubicarme -Amadeo se rascó la coronilla de su cabeza cubierta por una cabellera

prolijamente cortada a máquina y Bernardelli pensó que aquel tenía poco de parecido con el *look* vikingo que había visto en unas fotos viejas, pero no tanto, en las que el joven lucía una melena larga hasta los hombros y una tupida barba ensortijada que contrastaban con su tez blanca y unos ojos celestes que, seguramente, atraían a la mayoría de sus compañeras de estudios, quienes, al igual que el resto de los alumnos, ya se habían retirado a almorzar, por lo que el patio estaba prácticamente desierto, al menos por un rato, hasta que diera comienzo el turno tarde.

-¿De noche también se moviliza a pie?

-No siempre -Amadeo se descolgó la mochila de su espalda y la apoyó sobre el banco-. La mayoría de las veces que salgo me muevo en taxi.

-Cómo en la noche en que asesinaron a Camila...

-Bueno, sí -el joven echó un rápido vistazo a su alrededor, como asegurándose que nadie más estaba oyendo lo que hablaba con el detective.

-¿Qué hizo esa noche? -Bernardelli advirtió un titubeo en Amadeo y decidió ir directo al grano-. ¿Fue a la misma fiesta a la que había ido ella y varios de sus compañeros?

-Iba a ir, pero al final me quedé con mi novia, Melisa.

-¿Ella también estudia aquí?

-No. Cursa otra carrera, en otra universidad. Privada.

-¿Y de dónde la conoce?

-Somos paisanos y ya estábamos juntos cuando nos mudamos acá.

-Entiendo. ¿Y qué hicieron esa noche?

-Estuvimos en mi departamento.

-¿Toda la noche?

Amadeo alzó la vista y tras meditar unos instantes se volvió hacia el subinspector, que lo observaba fijamente.

-No. A la madrugada la acompañé hasta la casa de una amiga porque había una juntada ahí.

-¿Por dónde?

-No recuerdo exactamente la dirección, pero quedaba cerca de la Clínica Fitz Roy.

-Ok. ¿Y a qué hora fueron, aproximadamente? -Bernardelli extrajo su anotador y una lapicera de uno de los bolsillos de su abrigo.

-Habremos salido de casa a eso de las tres y la dejé en lo de la amiga tipo cuatro.

-¿Y en qué fueron?

-Nos tomamos el colectivo que pasa por la esquina y nos dejó a la vuelta.

-Ajá. ¿Y qué hizo después?

-Me volví a mi departamento.

-¿Cómo?

-En taxi.

-¿Lo hizo solo?

-Sí, sí.

-¿Hizo alguna parada intermedia?

-No, ninguna.

-O sea que se fue a dormir... -Bernardelli apartó la vista del anotador y la enfocó en el joven, quien hablaba pausado y conciso pero no podía disimular su nerviosismo, que se traducía en unas gotas de sudor en la frente y en mejillas sonrojadas.

-Sí, llegué y me acosté porque el lunes tenía que cursar temprano.

-¿A qué hora llegó?

-A las seis, más o menos.

-¿A las seis? -repitió el subinspector- ¿Por qué tardó tanto?

-Porque primero quise tomar el colectivo, pero como no venía empecé a caminar por la avenida y a unas quince cuadras llegué hasta una plaza donde finalmente pude conseguir un taxi.

-Ok, pero aun así, no es un recorrido tan largo y menos en auto.

-Es que, como le dije, tengo problemas para orientarme en la ciudad y me perdí.

Entonces el taxi tuvo que dar muchas vueltas.

Este pibe me está mintiendo o es muy, pero muy boludo, pensó el subinspector.

-Mire -continuó el joven exhibiéndole a Bernardelli la pantalla de su celular en la que se podía ver un par de mensajes, a las 4.30 y a las 4.45 enviados al contacto "Meli" y en los que comentaba que se había perdido-. También hay una llamada a esa hora -agregó cambiando de pantalla.

Más allá de que esos datos confirmaban la versión de Amadeo, al subinspector no lo convencían los horarios, pero menos aún el hecho irrefutable de que a mitad del trayecto entre la casa de la amiga de Melisa y el departamento del joven quedaba el edificio de Camila.

-¿Le molesta si investigamos su línea telefónica y la de su novia? -preguntó Bernardelli haciendo a un lado su anotador.

-No, para nada -Amadeo se arremangó las mangas de su campera tipo polar ya que había comenzado a sentir calor y así Bernardelli pudo advertir que en los antebrazos presentaba algunos rasguños y marcas.

-¿Cómo se lastimó? -el subinspector señaló los brazos del joven.

-Ah, esto -Amadeo ojeó sus lesiones-. Es que suelo sufrir ataques de nervios y cuando me pasa eso los que están conmigo tienen que usar la fuerza para contenerme y a veces me termino lastimando.

-¡Qué problema!

-Los sufro desde chico, así que ya estoy acostumbrado. De hecho, siempre estuve medicado -Amadeo estuvo tentado de bajarse las mangas de su campera pero se contuvo.

-¿Y cuándo fue su último ataque? -Bernardelli ya había visto antes, y en reiteradas esas oportunidades, ese tipo de lesiones y sabía que había que tomarlas con pinzas ya que, por lo general, no significaban signos de defensa ni duraban más de 72 horas en la superficie corporal.

-Este fin de semana. En lo de mi novia.

-¿Se debió a algún incidente en particular?

-La verdad es que lo que le pasó a Cami me tiene muy angustiado.

-O sea que se llevaban bien.

-Sí, sí.

-¿Cuándo fue la última vez que se contactó con ella?

-El domingo a la noche intercambiamos unos mensajes. No recuerdo si fue antes o después de la final de la Copa América.

-¿Y de qué trataban esos mensajes?

-Sobre la fiesta, más que nada.

-Ajá.

-Me preguntó si yo iba a ir y yo le dije que capaz que sí, entonces ella me dijo que nos encontrábamos allá.

-¿Ella sabía que usted tiene novia?

-Sí, yo se lo dije apenas nos conocimos y es más, Camila la vio en alguna oportunidad a Melisa.

-O sea que su relación con la víctima era la de simples compañeros de estudios.

-A ver... -Amadeo torció la boca y resopló- no voy a negar que había onda entre los dos pero nunca pasó nada. Jamás.

-Ya veo -el subinspector sonrió al recordar que él también había estado involucrado en algún triángulo amoroso en su etapa de estudiante.

-¿Algo más? -Amadeo intuía que el interrogatorio estaba llegando a su fin.

-Sí. Una última cosa.

-Dígame.

-Cuando llegó a su edificio, ¿se cruzó con alguien?

-No, no.

-Ok.

-¿Listo? ¿Terminamos?

-Eso todo -Bernardelli se levantó de su asiento. Por ahora, pensó.

Entonces, el joven también se puso de pie y se colgó la mochila de uno de sus hombros.

-Gracias por su tiempo -el subinspector estrechó la mano de Amadeo, tras lo cual atravesaron juntos el patio y descendieron por las escalinatas hasta la vereda, donde se volvieron a despedir.

“Está mintiendo, claramente”, dijo Bernardelli por lo bajo mientras veía como el joven se alejaba a pie de la Facultad. Es que antes de su encuentro con el joven, el encargado del edificio donde aquel residía le había dicho que él lo vio la madrugada del

crimen llegar a su departamento a las siete de la mañana y que, incluso, mantuvieron un breve diálogo respecto a una computadora usada que el portero quería comprarle.

Claro que para Bernardelli cabía la posibilidad de que, en realidad, el encargado, entre tantos chismes que transmitía de boca en boca, se haya confundido de horario y/o día. Tal vez, se lo cruzó cuando el joven salía hacia la Facultad, evaluó Bernardelli, quien a su vez, mantenía la sensación de que aquel testigo se había mostrado bastante seguro cuando también afirmó que en alguna oportunidad vio a Camila tocar insistentemente el timbre del departamento de Amadeo.

¿Era factible que la víctima haya salido de la fiesta en el boliche para dirigirse hasta el departamento de su compañero después de que éste dejó a su novia y por eso después regresó a su domicilio en el subte? Y en ese potencial arribo al edificio de Amadeo ¿se encontraron o no?, ¿discutieron y ella se fue mientras que él la siguió?

Al subinspector no le encajaban determinadas piezas del rompecabezas porque su encuentro con Amadeo le había dejado la impresión de que aquel chico de rasgos delicados no se animaría a atacar a otra persona, por más que ésta fuese una mujer. No pareciera que tenga la fuerza ni los huevos suficientes, como sí sugiere el turco, aunque ambos tienen una contextura física similar, se dijo.

De todos modos, estos interrogantes no tenían demasiado sentido si el cotejo de ADN daba positivo en el caso de Orhan quien, como decía Vila, era el principal sospechoso a esa altura de la investigación.